



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

CONTRASTES.

DRAMA ORIGINAL EN CUATRO ACTOS Y EN PROSA,

DEL

MARQUES DE AUÑON

Y

DON JOSÉ HERIBERTO GARCIA DE QUEVEDO.

A Otto Ph. Braun.

Heriberto



MADRID.

Imprenta de José Rodríguez, calle del Factor núm. 9.
1955.

La propiedad de este drama pertenece á los Directores de la Galeria lírico-dramática EL TEATRO, y nadie podrá sin su permiso reimprimirlo ni representarle en los teatros de España y sus posesiones, ni en Francia y las Indias.

A LA MEMORIA

DEL EXMO. SR.

D. ANTONIO MARIA FERNANDEZ DE CORDOVA,

DUQUE DE FERIA,

SUS MELES AMIGOS.

Los Autores.

PERSONAS.

ACTORES.

D. FELIX DE ALBORNOZ,	D. MANUEL OSORIO.
Marqués de Urbina.....	DOÑA MARIA RODRIGUEZ.
JULIA.....	DOÑA TEODORA LAMADRID.
IRENE.....	DOÑA LORENZA CAMPOS.
LA BARONESA, su madre.	D. JOSÉ CALVO.
D. DIEGO.....	D. JOAQUIN ARJONA.
D. GUILLEN.....	D. FERNANDO OSORIO.
PAOLO, el barquero.....	DOÑA CRISTINA OSORIO.
SILVIA, cortesana.....	
CONVIDANOS 1.º, 2.º y 3.º	
UN CRIADO.	
UN LACAYO.	
UN MOZO.	
Máscaras de ambos sexos, ministros de justicia, etc., etc.	

La escena pasa en Nápoles por los años de 1700.

ACTO PRIMERO.

Jardin en casa de Julia con vistas al golfo. En el fondo, ó á uno de los lados, la fachada interior de la casa. Julia é Irene salen cogidas del brazo. Es de tarde.

ESCENA PRIMERA.

JULIA é IRENE.

JULIA. ¡Hermosa tarde!

IRENE. ¡Hermosísima!

JULIA. ¡Qué ambiente tan puro y embalsamado! ¡Qué calma tan apacible en las olas de plata y zafiro de nuestro admirable golfo! ¡Qué caprichoso celaje presenta hoy nuestro cielo encantador! En verdad, Irene, no sé cómo puedes hablar con tanta indiferencia de la vida, cuando nos ofrece la naturaleza cuadros de tan espléndida hermosura.

IRENE. Al que es feliz todo le sonríe. Tú ves la tierra, el mar y el cielo al través de tus diez y ocho años, de tu elevada situación, exquisita belleza y opulenta fortuna. Créeme, Julia; para los desgraciados no alumbra el sol, ni sopla la brisa desparciendo la fragancia que roba el cáliz de las flores. El mundo exterior refleja siempre las tintas que dominan en el interior: los ojos de un triste, solo ven al través de sus lágrimas.

JULIA. Pero ¿por qué has de estar triste? Tú eres joven también, hermosa, y la nobleza de tu cuna es de las mas esclarecidas...

IRENE. Tengo ya veinte (*Mirando alrededor de sí.*) y cuatro años, es cierto que no soy del todo fea; y que descendiendo de ilustres abuelos... pero soy muy pobre.

JULIA. ¿Y qué importa? ¿Son acaso los bienes de fortuna tan necesarios para la felicidad?

IRENE. ¡Y tanto! Mira, Julia... la virtud, la nobleza y la hermosura, sin el oro, son como un cuadro precioso sin marco y lleno de polvo: los ojos mas inteligentes pasan á su lado sin reparar en él. Pero hablemos de tu den Felix. Dicen que es un gran personaje... y extremadamente rico ..

JULIA. ¡Es un cumplido caballero... y me ama tanto! Lo demas me es indiferente.

IRENE. Y tú, ¿le amas?

JULIA. ¡Con todo mi corazon! Mira, allá en mis años infantiles... cuando nuestro corazon empieza á soñar con el amor, me figuraba yo un ser lleno de perfecciones ideales, un héroe de novela, como decia la buena superiora, en cuyo convento nos educamos. Mis primeros pasos en el mundo, fueron otros tantos desengaños. Empecé á creer que mi corazon me habia engañado: mi fé vacilaba: mi esperanza desfallecia; pero, presentóse Felix, y el alma volvió á creer y á esperar con mas fuerza que nunca, porque...

IRENE. ¡Porque empezó á amar!

JULIA. ¡Ah! ¡Sí!

IRENE. Dios quiera que el Marqués de Urbina sea tal como le juzga tu corazon! Empero, los hombres son tan diestros en el engaño... y nosotras tan inexpertas! No sé por qué tengo miedo de ese hombre. Es americano, y cuando se viene de paises tan distantes, es tan fácil decir lo que á uno se le antoja acerca de su condicion y fortuna!

JULIA. Mi tutor conoce perfectamente las de Felix.

IRENE. Corren ademas ciertos rumores sobre el Marqués: se habla de enormes pérdidas que ha hecho en el juego.

JULIA. No lo creo.

IRENE. De ciertos amorios que tiene con una mujer de ínfima clase.

- JULIA. No es posible.
- IRENE. Sin embargo, la voz del pueblo...
- JULIA. No siempre es la de Dios. Don Diego, mi tutor, no es un niño, ni un imprudente... Y es quien mas entusiasmo muestra por Felix.
- IRENE. Don Diego es uno de esos espíritus frívolos á la par que honrados, cuya ligereza les impide examinar á fondo las cosas y cuya virtud les hace en demasia confiados. Créeme, Julia: no te apriesures á concluir un negocio tan grave: infórmate primero...
- JULIA. El Marqués ha pedido ya mi mano, y mi tutor se la ha concedido...
- IRENE. ¡O rabia!
- JULIA. Además... ¿De quién me he de informar?
- RENE. Eso sería muy fácil. Don Guillen, ese compañero del Marqués, es algo aturdido: me ha mostrado alguna afición: yo averiguaré con maña...
- JULIA. No, Irene. Eso daría á entender á Felix que yo desconfío de él. Además... no sé porque... pero don Guillen me infunde una gran desconfianza: es un hombre impío... sarcástico... no, no quiero saber nada por su conducto. Pero aquí vienen tu madre y mi tutor... alejémonos. *(Vánse.)*

ESCENA II.

DON DIEGO.—*La BARONESA.*

- DIEGO. Si, amiga mia: dentro de breves dias tendremos aqui la gran solemnidad.
- BAR. Me complace en extremo la próxima felicidad de Julia. El Marqués reúne ciertamente, al menos al parecer, todas las cualidades que un padre cuidadoso puede exigir á aquel á quien va á confiar la suerte de una hija querida.
- DIEGO. ¡Ya lo creo! El Marqués de Urbina es el prototipo de la caballerosidad. Joven, con talento, lleva con honor uno de los apellidos mas ilustres de España, y posee una inmensa fortuna. Estoy seguro de que ni recorriendo todos los vastos dominios de la monarquia española en ambos mundos, podría hallar un esposo mas cumplido para mi amada pupila.

BAR. Asi lo creo, pero... señor don Diego, con perdon de vuestro saber y experiencia, juzgo que os habeis dado demasiada prisa en terminar este asunto.

DIEGO. ¿Cómo? ¿Qué quereis decir?

BAR. El Marqués... es mejicano si no me equivoco...

DIEGO. Bien, ¿y qué?

BAR. Viniendo de tan lejos, ¿no podría ser que la fama exagerase algo acerca de la fortuna y nobleza de ese caballero? Ya sabeis el refran castellano: *A luengas tierras, luengas mentiras*.

DIEGO. Conozco la familia de Felix tanto como la mia: su padre y yo hemos hecho juntos mas de una campaña en Flandes; y mucho antes de que el joven viniese á España tenia yo noticias muy detalladas de su cuantiosa hacienda.

BAR. Eso es muy diferente. Sin embargo, hay otras cosas que importan tal vez mas que la clase y fortuna, para la felicidad... Las costumbres, por ejemplo...

DIEGO. No creo que nadie pueda tachar á Felix en lo mas mínimo sobre este punto. Nunca he conocido mas pundonoroso caballero.

BAR. Dicese, sin embargo, que el Marqués ha tenido, y aun conserva relaciones de un género nada honesto con una mujer del populacho...

DIEGO. ¿Y eso qué importa? ¿Quereis hacer un crimen de lo que no pasa de ser un devaneo juvenil, tan propio de un soltero, mozo y rico?

BAR. No sé hasta que punto se conformará Julia con vuestra opinion...

DIEGO. No tendrá por qué saberlo. Estoy persuadido de que Felix habrá roto con esa mujerzuela antes de pedirme la mano de mi pupila. Pero, amiga mia... voy creyendo que no veis con muy buenos ojos á Felix...

BAR. Os equivocais. Una cosa es que la ternura que me inspira Julia, me haga algun tanto desconfiada, y otra que mire mal á ese caballero á quien, al contrario, soy muy aficionada; pero, puesto que interpretais de ese modo mi celo, punto en boca: no despegaré mas mis labios sobre este asunto.

DIEGO. No señora, hablad cuanto gustéis: asi como asi, cuando se llega á mi edad entre los hombres... y á la vuestra entre las mujeres, si no hay su tantillo de disputa

- ó de murmuracion es morirse de fastidio. Ya se vé, como no puede uno requebrar ni ser requebrado... Vive uno de memorias... y hay memorias harto tristes... ¿No es cierto, amiga mia?
- BAR. Estais hoy muy poco ameno.
- DIEGO. ¡Qué formal lo habeis dicho! ¿Os ha picado la tarántula porque he recordado incidentalmente las fechas de nuestros respectivos nacimientos?
- BAR. Bien pudierais recordar la del vuestro, para tratar con menos ligereza los asuntos graves: os portais ahora como cuando fuisteis con una gineta á Flandes...
- DIEGO. ¡Ojalá que así fuese! Entonces lo que corría por estas venas era vivo fuego. Pero aquellos tiempos son ya para mí la historia antigua.

ESCENA III.

DICHOS.—*Un CRIADO.*

- CRIADO. Señor, ahí están el señor Marques de Urbina y su amigo.
- DIEGO. Que pasen al jardin. (*Vase el criado.*) Me alegro de que venga don Guillen: es mozo de buen humor.
- BAR. Y de costumbres nada severas...
- DIEGO. Vos lo sois demasiado. ¿Sabeis que hariais una excelente madre abadesa?
- BAR. Y vos un padre de familia pésimo.
- DIEGO. Gracias. No estoy descontento de la única hija que he educado: es cierto que me acuerdo de lo que yo era ahora cuarenta años, y me gusta que se divierta la gente moza. Pero aqui vienen esos caballeros.

ESCENA IV.

DICHOS.—FELIX.—GUILLEN.

- FELIX. Muy buenas tardes. (*Dando la mano á Don Diego.*)
- BAR. No pueden dejar de serlo en tan buena compañía...
- FELIX. Mil gracias, señora.
- DIEGO. Bien puedes dárselas por tí y tu amigo: la señora tiene de vosotros la opinion mas aventajada.
- GUILLEN. Es sobradamente bondadosa...

- BAR. No tal; caballero... justa... nada mas. (A Don Diego. ¡Estais insorportable!
- DIEGO. (A la Baronesa.) Justo... nada mas... (A Don Felix.) ¡Y qué tal? ¡Qué se miente de bueno por ahí?
- FELIX. Soy el mas pobre noticiero del mundo, amigo mio: no sé absolutamente nada... ¿Y Julia?
- DIEGO. Muy cerca de aqui está con su amiga Irene. ¡Julia! ¡Julia! (Llamando.)

ESCENA V.

- DICHOS.—JULIA.—IRENE, con ramos de flores.
- JULIA. Héme aqui.—Dios os guarde, don Felix.—Buenas tardes, don Guillen. (Guillen se inclina.)
- FELIX. Él os bendiga, Julia.—Señorita Irene, tengo sumo placer en veros.
- IRENE. Yo soy la favorecida. (Felix habla con Julia. Irene con su madre.)
- DIEGO. Vamos, don Guillen, y vos no sabeis tampoco nada? Qué hay de nuevo por la ciudad?
- GUILLEN. Los napolitanos estan muy agitados.
- DIEGO. ¿Cómo asi? ¿Algun complot contra el Austria?
- GUILLEN. No por cierto.
- DIEGO. ¿Contra nuestro rey Felipe quinto?
- GUILLEN. Tampoco: es una cosa mas importante. (Las señoras y D. Diego prestan atencion.) Si, señores... mucho mas importante: se preparan para los bailes de carnaval.
- DIEGO. Acabáramos.
- FELIX. ¿No me dais una rosa? (A Julia.)
- JULIA. El ramo entero.
- FELIX. Con una basta.
- JULIA. Tomadla.
- FELIX. Dádmela vos. (Julia la desprende y se la dá.)
- IRENE. (A su madre.) Está ya tan adelantado, que casi casi desespero...
- BAR. Tienes poco valor.
- IRENE. Veremos.
- GUILLEN. (A Irene.) Señorita, aunque no tengo para con vos los títulos que Felix para con vuestra amiga, ¿seria muy indiscreto pidiéndoos una flor de vuestro ramillete? (La Baronesa habla con D. Diego.)

- IRENE. ¿La apreciariais en mucho?
- GUILLÉN. ¿Podeis dudarlo?
- IRENE. ¿Y si os impusiesen condiciones... si os exigiesen sacrificios para conseguirla?
- GUILLÉN. No vacilaria un punto.
- IRENE. ¿Y si para ello fuese necesario arrostrar peligros?
- GUILLÉN. ¡Me arrojaría al fuego por alcanzarla!
- IRENE. ¿Y al golfo?
- GUILLÉN. Para eso tendria que aprender antes á nadar, como mi amigo el Marqués.
- DIEGO. ¡Hola! ¿Con que eres nadador!
- FELIX. Así, así.
- GUILLÉN. Nada como un triton, y aqui mismo salvó la vida á una... pero me tiene prohibido que hable de esto.
- BAR. Contadlo, don Guillén. Los nobles rasgos deben saberse.
- DIEGO. Si... si. Además, yo os pedia hace poco que contarais algo, y eso promete ser una historia interesante.
- IRENE. Y sentimental. (*Irónica.*)
- FELIX. Es una cosa muy sencilla, que todo el mundo hubiera hecho en mi lugar.
- GUILLÉN. Eso no es exacto... pero si no quereis que la cuente...
- JULIA. Si... si... ¡contadla! (*Felix hace una señal de asentimiento.*)
- GUILLÉN. Figuraos que era una de esas tardes tempestuosas, en que el golfo, ahora tan terso y azul, se convierte en rebramantes y blanquecinas montañas que parecen amenazar al cielo. El Marqués y yo volviamos de Capri en una barea tripulada por ocho remeros diestros y vigorosos. Estábamos á mitad de travesía cuando estalló de todo punto la tempestad: apenas podiamos gobernar hácia el puerto. El mar tocaba al apogeo de sus iras: la oscuridad era casi completa, cuando nos llamó la atencion un botecillo que muy poco distante de nosotros luchaba desesperadamente con el temporal. En aquella frágil embarcación habiamos descubierto á la luz de los relámpagos dos hombres y una mujer. De pronto oimos un grito de suprema agonía: una ola gigantesca se estrelló contra el bote y lo hizo pedazos. Durante algunos instantes quedamos petrificados de horror; pero el Marqués, rápido como el rayo y antes de que pudiéramos impedirselo, tiró su capa y se ar-

rojó al piélagó.

JULIA. Ah! (*Involuntariamente.*)

GUILLÉN. Los hombres del bote nadaban hácia nosotros, y muy luego les recogimos; pero la infeliz mujer no se descubria, y en breve perdimos de vista al Marqués. ¿Qué mas os diré? Despues de un cuarto de hora de angustias, pues los rugidos de la tempestad nos impedían que oyésemos sus gritos, y las tinieblas que descubriésemos su direccion, apareció el Marqués sustentando en uno de sus brazos á la desmayada jóven.

JULIA. ¡Cuán noble sois! (*Tendiendo la mano á Felix.—Siguen hablando.*)

DIEGO. ¡Bravo! ¡Eso es ser digno hijo de su padre!

BAR. ¿Con que era una jóven?

GUILLÉN. ¡Y hermosísima!

IRENE. (Este incidente puede servirme de mucho.)

BAR. ¿Alguna dama quizá?

GUILLÉN. No, señora. Era una jóven de humilde cuna.

DIEGO. Eso ni quita ni pone lo mas mínimo á la noble accion de Felix.

BAR. ¡Quién lo duda!

IRENE. ¿Y despues de aquella noche no volvisteis á verla? (*A Guillén.*)

GUILLÉN. Si tal. Por cierto que concibió por Felix una passion muy singular... casi increíble...

IRENE. No veo por qué. Despues del beneficio de que le era deudora, y con las relevantes prendas de vuestro amigo, nada mas natural.

GUILLÉN. En una muchacha sensible é inocente, no hay duda; pero aquella mujer, aunque tan jóven, estaba muy adelantada en los misterios de la vida.

IRENE. ¿Cómo así?

GUILLÉN. Era... la famosa cortesana... Silvia. (*Empieza á oscurecer.*)

IRENE. ¡Cosa mas singular!

BAR. (*A D. Diego.*) Esa mujer será acaso la de que os hablé.

DIEGO. Es muy posible.

JULIA. (*A Felix.*) Quisiera conocer á esa jóven...

FELIX. No debéis conocerla, Julia. Os suplico que hagais por olvidar la historia de esta tarde.

JULIA. No comprendo...

FELIX. Yo os lo explicaré á su tiempo.

GUILLÉN. Por cierto que la tal pasión ha dado muy malos ratos á Felix; pero recuerdo que esta conversacion ha nacido de que os pedí una flor de vuestro ramo.

IRENE. No os la doy, porque temo daros con ella algo de mi escasa fortuna.

GUILLÉN. No podrá hacer vuestro don mas escasa la mia.

IRENE. ¿Sois desgraciado?

GUILLÉN. ¡Amo sin esperanza! (Así haré que se descubra,...)

IRENE. Yo tambien. (Cayó en el garlito.)

GUILLÉN. ¡(Oh placer!) Podria sin indiscrecion pedirlos en nombre de la mas calorosa simpatía, que me confiaseis vuestras penas?

IRENE. Es inútil.

GUILLÉN. Acaso no lo será. Un corazon como el vuestro no puede amar sin ser correspondido.

IRENE. Vamos, á que habeis creído (*Con ironía.*) que sois vos el mortal afortunado?

GUILLÉN. ¿Por qué no? (*Con petulancia.*)

IRENE. Sois sobradamente presumido. Pues no sois vos.

GUILLÉN. ¡Ah!... Ya caigo... ¿Y qué me dariais si os facilitase el camino para el logro de vuestro deseo?

IRENE. Os facilitaria yo el del vuestro.

GUILLÉN. ¿Cómo?... ¿Sospechais?...

IRENE. No sospecho. Estoy segura de que el objeto de vuestra pasión es Julia... ó lo que es lo mismo... su fortuna.

GUILLÉN. Como el de la vuestra, la del Marqués y su ilustre nombre.

IRENE. Sois sagaz.

GUILLÉN. Es necesario que nos entendamos.

IRENE. Ahora no: podemos llamar la atencion. Haced por iros, aquí al toque de ánimas os aguardo.

GUILLÉN. ¿Y cómo?...

IRENE. Esta llave es de la puerta exterior del jardin.

GUILLÉN. No faltaré. (*Yendo á reunirse al grupo que forman don Diego y la Baronesa.*) ¡Si mataré dos pájaros de una pedrada!

IRENE. (Romparamos por de pronto estos tratos, despues... ya veremos... (*Yendo á reunirse con Julia.*))

FELIX. Parece que mi compañero se os aficiona mucho...

IRENE. Vuestro amigo, Marqués, es demasiado ligero y aturdido.

- FELIX. No puedo ser juez en este asunto. Guillen es mi mejor amigo.
- IRENE. ¿Teneis plena confianza en su amistad?
- FELIX. Como en la mía.
- IRENE. ¡La fé salva!
- DIEGO. ¡Cuando os digo (*Riéndose á carcajadas. A la Baronesa. Todos se reunen.*) que este mozo tiene el diablo en el cuerpo!
- GUILLEN. Ya es tarde, Marqués... si os parece...
- FELIX. Bien: nos iremos. Adios, mi querido amigo. (*A don Diego.*) Adios, señoras. (*A Irene y su madre.*) Julia, hasta mañana. (*Besándola la mano.*)
- GUILLEN. Hasta mañana, señoras... Adios, don Diego. (*Vanse.*)
- DIEGO. Adios. Vamos nosotros adentro: ¡empieza á caer sereno!
- BAR. Si... la noche está demasiado fresca para vuestros sesenta años... (*Yendo hácia la casa.*)
- DIEGO. (*Siguiéndola.*) Sesenta y cinco. Ya veis que yo no me pico.
- IRENE. (*A Julia.*) Quédate un poco detrás.
- JULIA. (*A Don Diego.*) Nosotras vamos en seguida.

ESCENA VI.

JULIA.—IRENE.

- IRENE. Ya oiste la historia de Guillen...
- JULIA. Si... Por cierto que escité mi curiosidad; pero Felix no me ha dicho nada.
- IRENE. Claro está que no habia de elegirme para confidente.
- JULIA. ¿Piensas que haya algo en esto que quiera ocultarme?
- IRENE. Estoy casi segura de ello. He preguntado á Guillen, el cual se ha defendido heroicamente, pero al fin me ha prometido que lo revelaria todo.
- JULIA. ¿Dónde? ¿Cuándo?
- IRENE. Aquí... al toque de ánimas.
- JULIA. ¿Y cómo ha de entrar?
- IRENE. Le dí la llave del jardin.
- JULIA. Hiciste mal... ¡muy mal! Ese hombre obra torpemente con respecto á su bienhechor.
- IRENE. Si he obrado mal, ha sido impulsada por el tierno cariño que te profeso. Ademas... yo sola me expongo...

- Y sin embargo, aun tienes valor de reconvenirme!
- JULIA. Perdóname, Irene mia; pero creo que hago mal en consentirlo... (*Empiezan á sonar las ánimas.*)
- IRENE. Esta es la hora consabida: Ya no hay remedio. Es necesario que yo asista á la cita, siquiera para despedirlo. Que no te encuentre aquí...
- JULIA. Si... si... vamos. Despídele. ¡Qué atrevimiento, Dios mío! (*Vase.*)
- IRENE. El otro no faltará. Hace tiempo que estudio su carácter. Si, estoy segura de su cooperacion.

ESCENA VII.

GUILLÉN.

(*Entrando con precaucion.*) Han dado ya las ánimas y esa ambiciosilla no parece. ¡Qué interesante es! Me gusta mil veces mas que la otra, con su aire grave y sentimental. Pero es tan pobre... ¡y tan maligna! ¡Pesada carga ha de ser la tal niña para un marido! Aquí viene.

ESCENA VIII.

GUILLÉN.—IRENE.

- IRENE. Alejémonos un poco mas de la casa. Julia vela para que no nos sorprendan.
- GUILLÉN. Sois un diablillo, ¡á fé mia!
- IRENE. Y vos puntual; así me gusta.
- GUILLÉN. ¿Quién no lo sería citado por tan bella dama?
- IRENE. Dejaos de zalamerias y vamos á nuestro negocio.
- GUILLÉN. Me lisonjea mucho esa fórmula de *nuestro negocio*; pero, á decir verdad, mas vuestro es que mío: y sin el profundo interés que me inspiráis, no daría yo un paso en este asunto.
- IRENE. Sois mas diestro de lo que creia; pero aqui jugamos á cartas vistas. Os conviene, tanto como á mí, cuando menos, que no se efectue el enlace del Marqués con Julia: dependeis de él absolutamente: le dominais; pero el dia en que Julia sea su esposa será el último de vuestro reinado. Esto es muy obvio. Así, pues, in-

terezándonos igualmente á entrambos, unamos nuestros esfuerzos para el bien comun.

GUILLÉN. Os engañáis: yo no pierdo nada en que Felix se case con Julia, al contrario, ganaria, puesto que él seria con este enlace mas rico y mas feliz, y tan amigo mio como antes. Estoy dispuesto á ayudaros; pero es por vos... solo por vos...

IRENE. Veo que es necesario que yo lo diga todo. Escuchad. Os interesa que el proyectado consorcio no se efectue, porque Julia os odia instintivamente; y con el poder de sus virtudes y de sus gracias, alejaria á su marido de vuestro trato... Perdiéndola en concepto de este, sobre todo, si preparais con destreza algun escándolo que la desacredite á sus ojos, podeis presentaros despues á su vista como verdadero amigo, acaso como salvador. Y con maña y paciencia, podeis llegar á veros dueño, si no de su curazon, cosa punto menos que imposible, de su mano y de su fortuna.

GUILLÉN. Al oiros, cualquiera creeria que solo os ocupais de mí.

IRENE. No tal. Soy mas franca que vos. Quiero ser grande y rica. Quiero ser marquesa de Urbina, porque esa situacion me haria ser envidiada, á mí, que hasta ahora he vivido siempre envidiando á las demas; pero sobre todo quiero vengarme de Julia.

GUILLÉN. Pero ¿qué agravios os ha hecho?

IRENE. ¿Pensais que no baste á mis odios el que sea mas hermosa, mas rica y mas afortunada que yo? Ya veis que os doy ejemplo de franqueza. Ahora decidme lo que pensais hacer...

GUILLÉN. Por de pronto no me es posible enteraros de todo. Basta que sepais que es necesario que Julia vaya al gran baile público del primer dia de carnaval. Esto no será muy fácil...

IRENE. Mi madre y yo la decidiremos: excitando sus celos con los pretendidos desórdenes del Marqués, mucho será que no lo consigamos.

GUILLÉN. Una vez logrado esto, lo demas corre por mi cuenta. Pero ¿qué garantias me dais de que no faltareis á lo convenido?...

IRENE. Las que me dais vos: nuestro mútuo interés.

GUILLÉN. Yo os ofrezco que como vaya al baile que os digo, quedará irremisiblemente perdida á los ojos de Felix.

IRENE. Y yo os prometo que irá.

GUILLÉN. Adios, pues, hermosa dama. Cuando logreis vuestros deseos, ¿no recompensareis con un poco mas de cari. ño á quien todo lo va á arriesgar por serviros?

IRENE. Servicio por servicio. Nosotros no podremos jamás estimarnos, cuanto menos querernos. Ahora nos necesitamos mutuamente, y nuestro interés nos une: mas tarde haremos bien en no vernos siquiera. Harto engaño yo al Marqués con privarle de Julia. Haré cuanto pueda por ser fiel esposa.

GUILLÉN. Os confieso con franqueza que me asombro de vuestros escrúpulos.

IRENE. Poco alcanzáis: tengo una ambicion desenfrenada; pero soy honrada á mi modo...

GUILLÉN. Enhorabuena. Si creyese necesario daros parte de algun detalle, lo haré oportunamente. Si no, hasta el lunes de carnaval.

IRENE. ¡Qué! ¿no venis mañana?

GUILLÉN. Conviene que no nos vean juntos.

IRENE. Teneis razon. Esta es mi mano.

GUILLÉN. ¿De amiga nada mas?

IRENE. De cómplice. Hasta el lunes de carnaval! (*Guillén se va por el fondo. Irene hacia la casa.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.



ACTO SEGUNDO.



Es de noche. Baile público de máscaras en un jardín, sobre las playas de Nápoles. Enfrente del espectador, hacia el fondo, un pequeño pabellon practicable, rodeado de un bosquecillo. A la derecha de este pabellon, rompimiento al golfo; á su izquierda se prolongará el jardín, cuanto lo permita el foro, viéndose á lo lejos el tropel de las máscaras y los vasos de colores suspendidos en los árboles. Mesas repartidas por la escena, rodeadas de máscaras que beben y se divierten. En el centro, no lejos del pabellon, una mesa mas grande, dispuesta para un banquete. Diferentes grupos cruzan la escena. Falúas iluminadas atraviesan el golfo: desde una de ellas se cantará la siguiente barcarola, á la que contestarán en coro las máscaras.

BARCAROLA.

1.ª

La noche es tranquila;
y del golfo la inmensa laguna
argenta la luna
con tibio fulgor.
Voguemos, voguemos,
y el sonoro compás de los remos
en torno evoquemos
mil sombras de amor.

CORO.

Bebamos, bebamos;
que siga el rumor;
nosotros vogamos
en golfo mejor.

2.ª

Allá en la ribera
de mil luces se ven los reflejos:
se agita á lo lejos
confuso tropel.
Remero, de prisa:
yo prefiero á su báquica risa
el mar y la brisa,
que mece el batel.

CORO.

Yo el vino prefiero,
no hay dicha sin él:
que llève, remero,
tu barca Luzbel.

ESCENA PRIMERA.

FELIX.—**GUILLEN**, *entrando por un lado.*

GUILLEN. ¡Qué animación! ¡Qué movimiento y qué efecto hacen esas barcarolas!... Para máscaras y diversiones no hay nada como este Nápoles... ¡Dichoso país! donde se olvidan las penas, y donde falta vida para tanto gozar!

FELIX. ¡Ay Guillen! (*Suspirando.*)

GUILLEN. ¡Cómo!... ¡Suspirar en un baile de máscaras!... me gusta el contraste.

FELIX. ¡Qué quereis!... Estamos en un baile y me parece estar en un desierto... esos cantos me oprimen el alma... Julia no está aquí, y para mí sin ella, está el mundo vacío.

GUILLEN. No me he llevado mal chasco... Yo creí que las máscaras os distraerian... ¡No os ama!... ¡No estais saguro

de su amor?... ¿Por qué estais triste?

FELIX. Si, estoy seguro de que me ama... pero... hay algo que no comprendo... Hace algun tiempo que Julia no es la misma.

GUILLEN. ¿Es posible?

FELIX. Si, Guillen, Julia no es la misma: aquella inocente alegría, que animaba su rostro, se ha convertido en tristeza profunda: en sus ojos advierto desconfianza; en sus palabras reserva.

GUILLEN. (*Con intencion.*) ¿Y no habeis sospechado nunca, don Felix, si tan extraña mudanza puede tener alguna relacion con aquel anónimo?...

FELIX. Nunca, Guillen: Julia es pura como los ángeles del cielo: el que escribió aquel anónimo es un infame!

GUILLEN. Dios me libre de defender el anónimo, y de poner en duda la virtud de esa doncella encantadora... Pero desengañaos, don Felix; Julia es un ángel como lo son las mujeres en la tierra, ángeles caidos, que se agitan entre el éter y el fango.

FELIX. Siempre con vuestras ideas. ...

GUILLEN. ¡Ah! Con vos siempre el mismo: os quiero demasiado para dejaros en la pendiente... Si pudiera, aunque fuera á costa de mi vida, daros mi experiencia, sin los dolores con que la he comprado, algo mejor os habia de ir en el mundo... Pero... fuera cavilaciones, y vamos á bajararnos entre esa turba multa... tal vez nos distraigamos con sus dichos y con sus farsas. (*Giran por un lado.*)

ESCENA II.

DICHOS.—IRENE, de gitana.

IRENE. (*Yendo á ellos y disfracando la voz.*) ¡Guillen! ¡Guillen! ¿Vas en busca de broma? (*Los dos amigos vuelven la cabeza.*)

GUILLEN. ¡Ah! ¡La preciosa gitana!.

IRENE. (*Retrocediendo como sorprendida al ver á Don Felix.*) ¡Señor Marqués!.

FELIX. No esperabas encontrarme con Guillen, y mi presencia te importuna... perdona, preciosa máscara: yo me voy, y os dejo solos.

IRENE. Nada de eso, señor Marqués; no buscaba ni al uno ni al otro, y me alegro mucho de encontrarme con ambos. Pero... como los amores os han vuelto tan melancólico, y sólo os agradan los paseos solitarios... la verdad... no esperaba encontraros en una funcion de máscaras.

GUILLÉN. Yo creí que las gitanas adivinaban las cosas.

IRENE. Y tanto que las adivinamos; pero examinando las rayas de la mano... ¿Os acordais, don Felix, cuando paseabais ayer solo por las alamedas de Polisipo? ¡Qué triste estabais!.. (*Movimiento de sorpresa de parte de Don Felix.*) Vuestros ojos vagaban de un punto á otro sin fijarse en ninguna parte... Estaba tendida en la yerba, y pasásteis sin reparar en mí... Yo os contemplaba y me disteis lástima.

GUILLÉN. Vamos, gitana, dinos la buena ventura, ó enséñanos esas estrellas, que relumbran á través de la careta.

IRENE. Estas estrellas estan ahora eclipsadas para brillar en otro firmamento... la buena ventura, pase.

GUILLÉN. Dadle una mano, don Felix. (*Don Felix se la alarga maquinalmente.*) En cuanto á mí ya hace tiempo se realizó mi horóscopo.

IRENE. (*Observa la mano de Don Felix.*) ¡Ay, don Felix! ahora comprendo por qué estais tan triste. Tal vez adivina vuestro corazon, lo que no ven vuestros ojos.

FELIX. No comprendo.

IRENE. Si, don Felix; sois muy desgraciado en amores... Y en verdad que un lindo mozo, con tanto garbo, era digno de mejor suerte.

GUILLÉN. ¡Já... já... já!.. ¡qué bien hace la pícara su papel! Todas dicen lo mismo.

FELIX. (*Sin hacer caso de Guillén.*) ¿Qué sabes tú si en amores soy desgraciado ó venturoso?

IRENE. ¿Que si lo sé? mucho mas de lo que pensais, desde que os he visto las rayas de la mano.

FELIX. Sépaslo ó no, adios, máscara. Si no tuviera con precision que ausentarme, me entretendria un rato escuchando tus gracias.

IRENE. (*Ap. á Don Felix.*) ¡Insensato! ¡Si te ausentas de la fiesta para ir á ver á tu amada, quédate aqui, y aqui la encontrarás mas tarde.

FELIX. (*Incomodado.*) Tú te burlas, máscara. ¡Julia en estas

- IRENE. bacanales!..
(Recatándose siempre de Guillen. Yo no hablo de Julia: recito solo el fin de una historia que sé por casualidad, y que podría interesaros mucho.
- FELIX. Si es divertida, cuéntala sin rebozo, con tal que sea breve.
- IRENE. *(Con cautela.)* Si quieres saber mas, dame el brazo y despide á Guillen. Ese amigo me incomoda.
- FELIX. Guillen, déjanos un momento solos. Aqui nos encontraremos despues. *(Irene se coge del brazo de don Felix.)*
- GUILLÉN. ¡Hola! ¡Hola!.. Parece que estoy de sobra... *(Yéndose y hablando consigo mismo.)* Ya cayó en el garlito... Esta Irene os el diablo en persona... Ahora me lo entretiene, y cuando vaya á casa de Julia ya no la encuentra... vuelve aqui, y todo sale á las mil maravillas. *(Vásc.)*

ESCENA III.

IRENE.—D. FELIX, *pasándose los dos del brazo.*

- IRENE. Con que estais tan curiosa por saber...
- FELIX. Por fuerza... una historia que requireré tanto misterio debe ser muy interesante.
- IRENE. Pues señor, en cierta ocasion llegó á Nápoles un jóven, sobre poco mas ó menos de vuestra edad; como vos, rico, noble y distinguido. Su familia habitaba lejanas tierras, y él venia á Europa por primera vez con objeto de ver mundo, y acaso con el de brillar por su clase, sus riquezas y su talento.. A España y á Italia se habian siempre dirigido sus dorados ensueños. En sus campos, se decia, entre el polvo de las batallas se adquiere la gloria, y en sus opulentas ciudades los amores encantan la vida y embriagan el alma.
- FELIX. ¿Y bien?
- IRENE. Como os decia, llegó á Nápoles el héroe de mi cuento, y cuando de alli se preparaba para ir á visitar las márgenes del Garellano, los campos de Cerinola y de Pavia; circunstancias inesperadas lo detuvieron en una casa magnífica con jardines y vistas al golfo, en una especie de palacio encantado, donde reinaba como absoluta señora una maga de diez y ocho años, tan her-

mosa, pero de aire mas cándido que la Circe; que debia hechizarlo con su sonrisa de ángel y sus ojos de vírgen, y atarlo despues al carro de sus triunfos con una trenza de sus negros cabellos. El jóven cayó en el lazo, y fascinado por sus encantos, la amó con delirio; y mientras que sordo y ciego por el amor, nada escuchaba ni nada veia, los otros oian y veian que era el juguete miserable de una mujer, que bajo el manto de la inocencia encubria un corazon corrompido... De una mujer...

FELIX. ¡Basta, basta... nunca consentiré!...

IRENE. Don Felix, ¿no me habeis dicho que os cuente esta historia? Por Dios que sois impaciente... dejadme concluir... Decia que era el juguete de una mujer que iba á darle su mano para escudar misteriosas intrigas con el nombre de su esposo... De una mujer, en fin, que mientras él pasaba la noche suspirando de amor en largas horas de insomnio, ella con la careta y el incógnito las sentia resbalar fugaces en los placeres y en los festines.

FELIX. ¡Lo que decis es infame!

IRENE. ¡Señor Marqués!

FELIX. Perdonad; pero quitaos la careta si quereis continuar.

IRENE. Acabó por sospechar algo, aunque vagamente, el infortunado amante: confusas tinieblas oscurecieron su mente, é indecisos dolores le turbaron el alma. Una noche vino á las máscaras por distraer sus pesares, y una gitana, para él enteramente desconocida, lo encontró por acaso en su camino: quiso ella entonces dirigirle algunas expresiones de piedad y de simpatia; pero él tuvo miedo de oir y quiso marcharse: la máscara comprendió que el jóven iba á casa de su amada; y como sabia que al llegar alli iba á oir friamente de la boca de un lacayo: «La señora está indispuesta y se ha recogido,» mientras que la señora debia venir á cenar al baile de donde él se ausentaba, se acercó y le dijo: «Insensato! si te ausentas de la fiesta para ir á ver á tu amada, quédate aqui y aqui la encontrarás mas tarde.»

FELIX. Mientras mas os escucho menos os comprendo, y mis sienes se abrasan.

IRENE. Pues bien, me comprendereis cuando os diga que el jó-

ven de mi historia es el Marqués de Urbina; que la heroína se llamaba Julia, y que la máscara era una persona desconocida, que no habeis visto jamás y que no vereis en vuestra vida. (*Quiere marcharse, pero D. Felix la coge fuertemente de la mano.*)

FELIX. Tú eres una harpia disfrazada de gitana. Esa historia es un tejido de calumnias... He de poder poco, ó he de saber quién eres.

IRENE. Señor Marqués, sois un caballero y la careta es sagrada... Pero... ya que respondeis á mi caridad con insultos, escuchad: id inmediatamente á casa de Julia; si no la encontrais, volved sin dilacion; colocaos debajo de ese árbol, y ahí, en una de esas mesas, si vuestros ojos pueden traspasar los vapores del vino, encontrareis al objeto de vuestras ilusiones, á la maga de vuestros ensueños... (*Desasiéndose de D. Felix, que la suelta estupefacto.*) Adios para siempre, Marqués; me esperan y tengo que bailar mucho esta noche. (*Desaparece entre las máscaras que cruzan por el fondo.*)

FELIX. O'yo estoy loco, ó el demonio juega conmigo.... ¿Qué aventura es esta, Dios mio?.... Yo la irrisión de una mujer fementida! ¡Julia criminal!.... El vicio bajo el manto de la virtud. ¡El diablo con las formas del ángel! ¡Ah! ¡Todo esto es un sueño! una quimera... ¡Imposible! ¡Imposible!

ESCENA IV.

D. FELIX.—GUILLÉN, *con dominó negro y una careta blanca en la mano.*

GUILLÉN. Aprended de mí, don Felix... Tambien me he disfrazado para decir mañana que me he divertido... ¿Y la gitana, la habeis dejado escapar? No seria sin verle antes la cara... ¿Pero qué teneis? Estais pálido como la muerte.

FELIX. ¡Guillén! ¡Guillén! ¡Soy el mas infeliz de los mortales!

GUILLÉN. ¿Qué sucede?

FELIX. ¡Ah! una aventura horrible... Esa gitana es una furia que ha venido á hundirme en el infierno.

GUILLÉN. Explicaos, ó me hareis perder el juicio.

FELIX. En este momento no puedo deciros nada... Voy volan-

do á casa de Julia... Mirad... acaso vuelva... Esperadme en la puerta... Vos sois mi único amigo, y esta noche os necesito mas que nunca. (*Vase.*)

ESCENA V.

GUILLÉN.—PAOLO. *Este vestirá un traje de soldado antiguo, con puñal en el cinto: llevará el rostro descubierto, y se mantendrá en un grupo de disfrazados á cierta distancia.*

GUILLÉN. Allí veo á Paolo... (*Poniéndose el antifaz.*) Cubrámonos el rostro, y que ese maldito me sirva sin conocerme. Hoy porque le pago es ciego instrumento mío... Pierda al juego lo que esta noche le doy, y mañana por dos escudos será capaz de delatarme á don Felix, á Julia y á todo el mundo. ¿No me conocias? (*Se acerca á Paolo; le hace una seña, y este saliendo del grupo va á su encuentro.*)

PAOLO. Con la careta blanca no teneis pérdida.

GUILLÉN. ¿La gente está pronta?

PAOLO. Los míos ahí los teneis impacientes porque llegue el vino y la gresca... Pero hace tiempo que aguardamos y aun no han asomado los tres pájaros consabidos.

GUILLÉN. No esperareis mucho... eso corre de mi cuenta... ¿Estás seguro de Silvia? ¿No olvidará mis instrucciones?

PAOLO. ¿Quién? esa culebra... en remojándole con clipre el gaznate y en untándole con oro la mano...

GUILLÉN. Y el gondolero, ¿está avisado?

PAOLO. Todo está listo. (*En este momento de una fatúa que aparece por el rompimiento, saltan en tierra con máscara, Julia, Irene y su madre.*)

GUILLÉN. Y los colores, ¿te se han olvidado?

PAOLO. Negro, rosa y celeste, que es el que nos interesa.

GUILLÉN. Por Satanás, no los trabuques, pues si te equivocas, somos perdidos.

PAOLO. No hay cuidado.

GUILLÉN. Pues bien, está á la mira... cuando vuelva, me reconocerás por la careta blanca... y en viéndome debajo de ese árbol, ya sabes... y en un caso de apuro...

PAOLO. (*Llevándose la mano al puñal.*) Entiendo, entiendo... Pero cata allí que aparecen las tres palomas. (*Reparando en las máscaras, que acaban de desembarcar.* Guillén

y Paolo se acercan á un grupo, como dando disposiciones: luego Guillen se marcha por la derecha, y los otros quedan conversando entre sí, mientras pasa la siguiente escena.)

ESCENA VI.

La BARONESA.—JULIA.—IRENE, avanzan en la escena con dominós negros. La primera llevará careta negra, la segunda azul celeste y la tercera rosa.

JULIA. ¡Dios mío; dadme fuerzas!... Este ruido... esta feroz alegría de que me encuentro rodeada, me angustian el corazón.

BAR. Animo, Julia: piensa que del azar que corremos, depende la felicidad ó la desgracia de toda tu vida... luego... este paso era indispensable.

JULIA. De este paso solo sacaré remordimientos eternos... Félix engañarme!... imposible... (¿Por qué he dudado de él un instante, y me he dejado arrastrar á esta orgía?)

BAR. Tampoco nosotras creemos que te engañe... ¿pero qué pierdes, hija mía, con ver por tí misma su inocencia? Ahora das voces que tan validas corren sobre don Félix torturan el alma, y á tu pesar siembran la duda, donde debia brillar la fé mas ardiente... mañana te reirás de las hablillas del mundo, y reinarás tranquila en el corazón de tu esposo.

IRENE. Mamá tiene razon, Julia; te desengañarás por tus propios ojos; y despues de todo ¿qué perdemos por venir aquí? al fin estamos en un jardín muy bonito y en una funcion como otra cualquiera.

JULIA. Pero no hemos venido para divertirnos, sino para espiar á Félix... luego... (*Se aumenta el rumor entre las máscaras del fondo.*) tengo miedo... me siento mal... quisiera irme de aquí.

BAR. Julia, hija mía, tranquilízate... estás con las personas que mas te aman. Yo que, desde que perdiste á tu madre, soy quien mas te quiere en el mundo, no te hubiera traído á un lugar peligroso... Aquí no corres ningun riesgo... la careta es sagrada... y ademas, mi amigo Fabricio, de quien ya te hablé, nos guarda las espaldas y sabria hacernos respetar en caso necesario.

- JULIA. Su amor y sus juramentos no pueden ser mentira.
BAR. Mucho me cuesta este paso... pero no hay sacrificio que no hiciera por tu ventura. Una ligereza, una imprevision, acarrean males sin cuento... Sosiégate, espera un momento, y tú misma verás quién es... y si te ama don Felix.
- JULIA. Engañarme á mí, que le amo con todo mi corazón!
IRENE. ¡Ah! sería inicuo que despues de encenagarse en la orgía, fuese á tu jardín á jurarte amor puro y eterno.
- JULIA. Si, teneis razon: si tengo una rival, yo misma quiero conocerla: y si Felix jugase de una manera infame con mi fé y con mis sentimientos, entonces... ¡Ah! Siempre á mi pesar le amaria!
- BAR. (*Señalando la mesa del centro.*) Aquella debe ser la mesa preparada. (*Algunas máscaras empiezan á colocarse en ella.*) Y los que á ella se dirigen son sin duda los convidados por don Felix... Pero no le reconozco entre esas máscaras, ni creo que pueda estar con ellas.
- IRENE. Con dominó y careta y á la distancia que se hallan de nosotros es imposible reconocer á nadie. Acerquémonos sin temor... ¿Qué saben si somos de su pandilla? iremos sacando por la conversacion las personas, y por las personas y la conversacion la verdad ó la mentira de las cosas.
- JULIA. Si, acerquémonos... La muerte misma es preferible á la situacion angustiosa en que me encuentro. (*Se mezclan con las máscaras y se dirigen á la mesa, en torno de la cual se pasean. Los convidados se juntan, y las máscaras de las mesas distantes cantan el coro de la barquerola del principio.*)

CORO.

1.º

Bebamos, bebamos;
que siga el rumor:
nosotros vogamos
en golfo mejor.

2.º

Yo el vino prefiero;

no hay dicha sin él:
que lleve, remero,
tu barca Luzbel.

ESCENA VII.

DICHAS.—PAOLO y SILVIA *sin caretas: ella ataviada con lujo, pero estrafalariamente.*

CON. 1.º Bien dice el proverbio: el vino disipa las penas. ¿Qué hay para gozar como la orgía? ¿No es verdad, buena alhaja? (*Dirigiéndose á Silvia, que le contesta.*)

CON. 2.º Yo solo digo que el virey es hombre que lo entiende, al festejar con máscaras el natalicio del monarca, y siento que el rey Felipe no cumpla años todos los días. (*Risotadas.*)

CON. 1.º Pues lástima fuera, que ni en los cumpleaños del rey pudiéramos divertirnos. Como nos tienen tan poco tiranizados... En Nápoles ya, con las malditas rondas, ni se puede gritar, ni se puede reñir, ni se puede beber... (*Se empina un vaso de vino. Risas.*)

SILVIA. Por lo mismo, ya ni aun pruebas el agua.

CON. 1.º Pues en eso no hago mas que imitarte... A no ser que desde que te das tono de marquesa, no necesites ya el que te daban el Massala y el Siracusa.

SILVIA. ¿Y á tí, qué te importa?

CON. 1.º A mí, nada; pero á otros mucho... Si con los escudos que le chupas con tus cintajos y perifollos satisfaciera á sus acreedores... Y luego, Silvia, lo del refrán: que aunque de seda se vista...

IRENE. ¿Oyes? la llaman Silvia. (*A Julia.*)

SILVIA. ¡Insolente! (*Enfadada.*)

CON. 3.º Parece que el sinapismo le pica.

SILVIA. (*Con rabia fingida.*) Si tú y otros desalmados no le estafarais con los naipes...

CON. 1.º Por eso estoy tan lucido... Si á lo menos me pagara...

SILVIA. En fin, silencio, ó él mismo te hará callar.

PAOLO. ¿Quién? ¿El Marqués de Urbina? já... já... já... Ese pájaro voló en busca de otro reclamo... Nada... conténtate con las plumas que te han quedado en la mano al quererlo detener, y que otro pez trague el anzuelo.

SILVIA. (*Riéndose con descaro.*) Já.. já... já... ¡Qué efecto os vá

haciendo el vino! ¡En busca de otro reclamo?...já.. já...
já... (*Siguen hablando en voz baja, aunque con animación.*)

JULIA. ¡Ah! ¡No mas, no mas! Lo escucho, lo veo, y aun no puedo creerlo. Es una pesadilla que embarga mis sentidos... Esta atmósfera me ahoga... Vámonos de aqui. (*Alejándose algunos pasos.*)

IRENE. Cálmate, querida Julia. Dios nos dará fuerzas para presenciar esta horrible escena. (*Trayéndola de nuevo.*) Si, Julia, apurarás hasta las heces el cáliz; pero la dignidad de mujer te dará energia para soportar su amargura. Es necesario que veamos á donde llega la perfidia humana, y ya que no sepamos prevenirla aprendamos á lo menos á rechazarla. (*Las tres siguen hablando en voz baja.*)

PAOLO. Creed lo que os dé la gana: en cuanto á mí, sostengo que el casamiento se verifica... tarde ó temprano el Marqués le sopla la pupila á don Diego.

CON. 1.º ¡Qué disparate! Ese viejo es muy tacaño y muy lince... si no fuera mas que la pupila... pero, ¿y el dote?

SILVIA. Pues está claro: y ademas qué el de Urbina ama á otra persona, y nunca...

PAOLO. Os digo que se verificará.

SILVIA. ¿Y por qué se ha de verificar?

PAOLO. Porque el Marqués está arruinado.

CON. 2.º ¡Ojalá se verifique pronto! así me pagará los cinco mil escudos que me debe del juego. ¡Ah! si no yo le haria pagar con su persona.

PAOLO. Que sea cuanto antes; así nos satisfará á todos sus acreedores. El partido es inmejorable, hermosura y riqueza... Unos se cobrarán en dinero, y otros...

CON. 1.º ¡Fátuo!

SILVIA. La riqueza pase... pero en cuanto á hermosura...

BAR. (*Cogiendo á Julia la mano.*) Debes padecer mucho, hija mia, porque yo estoy indignada; pero es preciso averiguarlo todo... todo... cueste lo que cueste.

JULIA. Esos insultos groseros nada me importan: los desprecio; otra cosa me despedaza el corazon.

CON. 1.º Para ser el Marqués quien nos paga la cena, no le hacemos malas ausencias... Cuidado no vaya á venir.

PAOLO. Si viniera lo recibiriamos con un himno de triunfo... pero no hay que temer. Ahora estará suspirando á las

rejas de su amor.

CON. 1.º Silvia está celosa.

SILVIA. Lo que está Silvia es riyéndose de los que hablan mas de lo que es menester, y sobre todo de lo que no saben.

PAOLO. ¡Si te habrá confiado el Marqués sus secretos!

SILVIA. Si me los ha confiado ó no eso será cuenta suya. (*Con aire de misterio.*) Pero apostaria la vida á que no se casa. Esos amores del Marqués son una intriga enca-minada á cierto fin... Pero doblemos la hoja.

PAOLO. ¡Maldita! ¡Qué bien hace su papel!

VOCES. Que hable, que hable. Que lo diga, que lo diga!

CON. 1.º Si, que lo diga; pero antes bebamos á su salud. (*Beben: Silvia se levanta de la mesa; avanza en la escena, y los convidados se agrupan á su alrededor. Julia, Irene y la Baronesa se mantienen á un lado del grupo.*)

PAOLO. Tan bien lo finges, que casi creo lo que estás dicien-do. (*A Silvia.*)

SILVIA. Es que le amo de veras y me vengo!

PAOLO. ¡Amar tú!... ¡Bah!

SILVIA. ¡Me salvó la vida!

PAOLO. Já... já... já... ¡Pues se lo pagas bien!

SILVIA. (*A los circunstantes.*) Decia, señores...

PAOLO. Vamos, vamos; ese será un cuento de camino, forjado por los celos. (*Risas.*)

SILVIA. Cuando os digo...

PAOLO. Nada, nada: basta de cuentos... El Marqués se casará, porque solo asi puede salir de sus trampas.

SILVIA. (*Enfadada.*) ¡Mientes! ¡El Marqués no se casará nunca!

CON. 1.º ¡Se atufó!

PAOLO. ¡Porque tú te opones?

SILVIA. (*Exaltada.*) Porque le quiero mas que á las niñas de mis ojos; porque él no quiere á nadie mas que á mí. (*Murmullos de incredulidad y risas.*) Y aqui tengo las pruebas. (*Echándose mano al pecho: movimiento de curiosidad.*)

VOCES. Veamos, veamos...

JULIA. Frio glacial corre por mis venas!...

CON. 1.º Veamos esas pruebas.

SILVIA. ¿Os bastará ver la última carta de Julia?

CON. 1.º Sin duda. (*Silvia busca la carta.*)

BAR. Vámonos de aqui... Julia... Tienes las manos frias co-

- mo la nieve, y se oyen los latidos de tu corazon.
- IRENE. Si... si. Vámonos.
- JULIA. Ahora ménos que nunca. Quiero saberlo todo... apuraré el cáliz, y despues..... ¡Dios mio! dadme la muerte!
- CON. 2.º Pareca que se te ha perdido esa carta.
- SILVIA. (*Mostrándola.*) Héla aqui. Ayer la recibió el Marqués.
- JULIA. ¡La vergüenza me ahoga!
- CON. 1.º ¡Que se lea!
- CON. 2.º ¡Si... si... que se lea!
- SILVIA. ¿Guardareis secreto?...
- PAOLO. ¿Quién lo duda?
- SILVIA. Escuchad.
- JULIA. ¡Colmo de infamia!
- SILVIA. (*Leyendo.*) «Os quejais de mi tristeza...»
- JULIA. No puedo mas... ¡ay de mí! (*La Baronesa é Irene la sostienen y la llevan al pabellon.*)
- UNA VOZ. La falua del virey. (*Las máscaras se agolpan al rompimiento.*)

ESCENA VIII.

PAOLO.—IRENE. *Durante algunos momentos se oye una música lejana, y se ven reflejos de luz por el rompimiento. La escena queda despejada: Irene sale del pabellon y se encuentra con Paolo.*

- IRENE. ¡Hola, Paolo!
- PAOLO. ¿Se ofrece algo?
- IRENE. Si, un poco de agua. (*Paolo se acerca á la mesa y la dá un vaso con agua.*) Se siente muy fatigada..... Ponte en seguida el dominó.
- PAOLO. ¿Y vos... dónde?...
- IRENE. Junto á ese pabellon, con antifaz azul.
- PAOLO. Pero aun no veo la careta blanca, y si no viene...
- IRENE. No tardarán, y es menester que nos encuentren acoplados.
- PAOLO. ¿En aquella mesa?... ¿eh?...
- IRENE. Y cuidado que me llamo Julia.
- PAOLO. Bien, bien.
- IRENE. Y lo de la sortija...
- PAOLO. Estoy en todo. (*Irene entra en el pabellon y Paolo se va por la derecha.*)

ESCENA IX.

D. FELIX.—GUILLEN.

FELIX. No puede ser, Guillen... Yo he dado oídos á una infame calumnia, y vos os equivocais... Seria un crimen solo pensarlo.

GUILLEN. ¿Dudais de mí, don Felix?

FELIX. ¡Dudar... eso no: sois mi amigo, mi hermano!...

GUILLEN. Pues bien; el amigo, el hermano es el que os trae aqui en este momento, y os habla en nombre del honor y de su conciencia..... Es un azar de la vida, un sarcasmo que arroja el mundo á nuestras ilusiones de niño; pero yo los he visto aqui con mis propios ojos: ¡no, no es una calumnia!

FELIX. Me harias dudar de Dios... ¡Julia criminal!.... Ese ángel de candor y de inocencia... ¡Ah! si el corazon engaña de esa manera... ¡maldita sea la vida!

GUILLEN. Bien os lo decia al principio: Julia no os ama; lo que quiere es vuestro nombre y vuestra fortuna. Si entonces me hubierais escuchado...

FELIX. Habria sido tan infeliz como lo soy ahora.

GUILLEN. Teneis razon: llorando se aprende.

FELIX. ¡Julia capaz de tanta iniquidad! La que ayer al darme una flor velaba de púrpura celestial sus mejillas... Pronto llevadme donde esten... Quiero humillarla con su propia ignominia... y á él atravesarle el corazon!

GUILLEN. Calma, don Felix, calma, si no quereis perderos para siempre... ¿Qué conseguis con un escándalo? ¿Qué adelantais con la muerte de un hombre? Mañana tomará otro amante, y vos gemireis en un calabozo... y... cuidado con los tiempos que corremos... Pensad que estamos en una fiesta por el cumpleaños del rey, que en el dia todo se mezcla con la política, y que el virey no se anda con rodeos.

FELIX. Si no me ama ¿qué me importa la vida?... Ah! llevadme donde esten: un vértigo ofusca mis sentidos, necesito vengarme! *(En lo restante de este diálogo Irene y Paolo se encuentran en la puerta del pabellon: una vez juntos, Irene se pondrá un antifaz azul, que hasta entonces habrá tenido en la mano.)*

GUILLÉN. Si, debeis vengaros, pero no sacrificaros por ella. Debeis vengaros, pero ajando su amor propio de mujer, con la humillacion y el desprecio... Animo, don Felix, ese abatimiento no sienta á vuestro valor ni á vuestra energia... Estamos en el sitio que os designó la gitana, y una de estas debe ser la mesa de la cita.

FELIX. Aqui no puede ser; estas mesas estan vacias.

GUILLÉN. Esperemos un momento. Tal vez estarán viendo pasar la falua del virey, ú oyendo alguna barcarola en la playa. Pero hácia aqui vienen dos máscaras... desde este árbol podemos observar sin ser vistos.

FELIX. El corazon se me sale del pecho.

ESCENA X.

D. FELIX y GUILLÉN, se ocultan entre unos arbustos que circundan el árbol, y se ponen en observacion. PAOLO é IRENE, con sus nuevos disfraces se sientan á una mesa no distante de dicho árbol. Algunos de los convidados vuelven á la mesa del centro. Otra vez se siente el rumor de las máscaras un momento interrumpido.

PAOLO. *(A un mozo.)* Hola! muchacho, trae bizcochos y almí-
vares: falerno ó siracusa.

MOZO. Al momento. *(Yéndose.)*

PAOLO. La noche es larga, y quiero que vuelen las horas con tu amor y el falerno.

IRENE. Si me amaras, no te pareceria tan larga. *(El mozo deja sobre la mesa una salvilla con tacillas de dulce, vinos y copas.)*

PAOLO. Julia, te amo, pero tengo celos...

IRENE. *(A media voz.)* Habla mas bajo... podrian descubrirnos, y ya ves...

PAOLO. Si, comprendo: te avergonzarias de amarme... ¿Por qué no nací marqués? *(Don Felix hace ademan de querer salir del sitio donde se halla: D. Guillén le contiene.)*

GUILLÉN. ¡Conteneos, por Dios, don Felix... tal vez no sea ella!

FELIX. ¿No habeis oido pronunciar su nombre?

GUILLÉN. Si, pero hay muchas Julias... desde aqui no se percibe bien su voz... y un golpe en vago...

FELIX. Si, ella es, y quiero vengarme...

GUILLÉN. Pues si quereis vengaros, escuchadlo todo, y tened sangre fria.

- RENE. So me figuró que se agitaban esas ramas.
- PAOLO. Tal vez, pero no tengas miedo... ¿Quién ha de concertar en este sitio y conmigo?... Menester es confesar que el bueno de tu tutor está en el Limbo... (*Llena dos copas, de las cuales da una á Irene.*) toma esa copa, y júrame antes de beber que no amas á nadie mas que á mí.
- IRENE. Lo juro.
- PAOLO. Pues pelillos á la mar y bebamos. ¡Preciosa esmeralda! (*Reparando en una sortija de Irene.*)
- IRENE. Es regalo de mi tutor en el día de mi santo.
- PAOLO. ¿De veras?
- IRENE. Para que veas que nunca te engaño, tómalala en prenda de amor. (*Se levanta.*)
- FELIX. ¡Mi sortija! (*Mele mano á la espada.*)
- GUILLEN. Qué vais á hacer?
- FELIX. ¡Dejadme! (*D. Felix y Guillen salen de entre los arbustos, el primero con la mano en el pomo de la espada, en el momento en que un grupo de máscaras les intercepta el paso. En el interin Irene gana el pabellon, y Paolo se va por un lado.*)
- CON. 1.^o (*Sintiéndose atropellado.*) Me habeis roto un pie... Voto al diablo... ved por donde vais, y si no... yo os juro.. (*D. Felix sin oir nada, mira á un lado y á otro con ojos espantados.*)
- CON. 2.^o Sigamos nuestro camino, ¿no ves que está loco?
- CON. 1.^o Borracho mas bien. (*Las máscaras se alejan.*)
- FELIX. ¡Ah! Ya no estan aquí... una nube de sangre ofusca mis ojos... ¡venganza! ¡venganza! (*Vánse por el fondo.*)

ESCENA XI.

La BARONESA sale del pabellon con sus compañeras. Las tres con los antifaces de al principio. PAOLO se junta con ellas en la puerta. Los convidados beben alrededor de la mesa del centro.

- IRENE. (*A su madre.*) Ya está dado el golpe. Ahora salgamos de aquí cuanto antes. Si volvemos á encontrar á don Felix, todo puede descubrirse y somos perdidas.
- BAR. (*A Irene.*) Si... si... (*A Julia.*) Gracias á Dios que estás mas repuesta... Solo él sabe lo que yo he pasado... Mira, Julia, aquí está Fabricio. (*Mostrándole á Paolo, con quien se encuentran en la puerta.*)

- JULIA. Perdonadme lo que os he hecho padecer.
- BAR. Perdonarte, hija mía, ¿de qué?
- IRENE. ¿Cómo te sientes, Julia?
- JULIA. ¡Ah! muy mal: tengo la cabeza desvanecida... se me figura que ha pasado un siglo, que he hecho un viaje muy largo y que me separan distancias inmensurables de las personas que me son queridas. ¡Ay! ¡la he perdido! (*Echándose mano al dedo.*)
- IRENE. ¿Qué has perdido?
- JULIA. ¡Mi sortija!.. única memoria que me era dado conservar... ¿Qué importa? prenda de amor, con él la he perdido! Huyamos, huyamos de aquí.
- BAR. Si, vamos... Julia, tú que eres la mas débil da el brazo á Fabricio... yo me cogeré de Irene... Pero, no... (*En el momento de empezar á andar, algunos convidados los observan.*) aguardemos que esas máscaras se alejen.
- PAOLO. De fijo ya estan ébrios esos tunantes, y van á cortarnos el paso. Afortunadamente yo las defiendo: si es preciso me daré á conocer; pero, ¿qué veo? Allí viene el Marqués y su amigo... ¡Todo se ha perdido!

ESCENA XII.

DICHOS.—FELIX.—GUILLEN.

- FELIX. (*Espada en mano.*) ¡Allí estan! ¡vamos á ellos! (*Guillen le detiene.*)
- GUILLEN. Esto se ha enredado mucho, mas de lo que pensaba... ¿Por qué diablos nose irian en seguida?
- FELIX. ¡Infames! ¡llegó el momento de mi venganza!
- JULIA. ¡Felix!.. ¡Felix!.. (*Cae desmayada, y al caer pierde la careta, á fin de que no quede la menor duda á Felix de que es ella. Irene y la Baronesa la sacan de la escena.*)
- FELIX. Vas á morir á los ojos de tu cómplice. Encomiéndate á Dios.
- PAOLO. (*Con frialdad.*) ¡Ah! ¿Sois vos el Marqués de Urbina? ¿Habeis visto que Julia me prefiere, y me quereis quitar la vida? Mal avenido debeis estar con la vuestra.
- FELIX. (*Arrojándose sobre él ciego de ira.*) ¡Miserable! ¡defiéndete ó te atravieso el corazon!
- PAOLO. ¿Os empeñais? pues sea. ¡A mí contra el Marqués!

(Gritando. Los convidados se ponen de parte de Paolo, y dirigen sus golpes contra Don Felix. Guillen finge defenderlo. Riñen.) ¡Muerto soy! *(Recibiendo una estocada de Don Felix y cayendo en tierra.)*

CON. 1.º *(Dando traidoramente una puñalada á Don Felix.)* Pero no sin venganza.

FELIX. ¡Cobarde!

RONDA. *(Desde afuera.)* ¡A ellos! ¡asesinos!.. ¡Prendedlos en nombre del rey!

FELIX. *(Apretándose el pecho con la mano mientras la ronda dispersa los combatientes.)* ¡Julia!.. ¡Julia! Que mi sangre caiga sobre tu conciencia! *(Cae el telon.)*

FIN DEL SEGUNDO ACTO.

ACTO TERCERO.

Sala en casa de Julia, amueblada con elegante sencillez, al gusto de la época. Una puerta en el fondo; dos á la izquierda, que comunican con las habitaciones interiores.—Otra á la derecha, dando á una escalera que va al jardin.—A la derecha de esta última dos ventanas con vistas tambien al jardin.

ESCENA PRIMERA.

D. DIEGO.—JULIA.—*Entran por la puerta de la derecha, el primero dando el brazo á la segunda.*

DIEGO. ¿Cómo estás, hija mia? ¿Te habrá hecho mal el paseo por el jardin?

JULIA. Al contrario: me siento mejor, y al aire libre respiro con mas facilidad y se refresca un poco mi cabeza..... Ya veis, hace tres dias que no tengo calentura.

DIEGO. Confio en que pronto estarás restablecida, y entonces haremos nuestro viaje á España: asi se borrarán los tristes pensamientos que esta tierra te inspira.... Eres muy jóven y muy bella: el amor te hizo desgraciada y el amor aun te tornará venturosa... pero yo, hija mia, que bajo el peso de la edad camino á la muerte... ¿con

qué podré consolarme?.... Solo el triste placer de la venganza... ¿Pero qué digo?.... ¿para qué vengarme? Dios es justo: ensalza á los humildes y humilla á los soberbios... (*Pausa.*) Dices que el Marqués de Urbina es inocente: yo digo que es un miserable quien duda de tí y se deja arrastrar por tan infames supercherias.

JULIA. La noche fatal de las máscaras, cuando me vi atacada por aquellos desalmados, por salvarme se arrojó á ellos espada en mano, y por defenderme cayó herido.

DIEGO. Pero si ese Guillen, que tú con tu corazón de ángel juzgas tan bueno, y de quien sin embargo desconfío, te ha justificado á sus ojos, por qué no ve claro, y se deja llevar como un niño por la ambición de Irene y por la codicia sórdida de su madre?... ¡Ah! ese enredo no está desembrollado.... La carta tuya ¿cómo fué á manos de aquella mujer?... Dice Guillen que fué sustraída por Irene del bolsillo de don Felix... Triste cosa es no saber bastante para ser juez, ni tener bastante fuerza para ser verdugo.

JULIA. De la perfidia de Irene lo creo todo... ¡y yo la llamaba mi hermana! (*Llora.*)

DIEGO. (*Estrechándole la mano.*) Bien te lo decia: los jóvenes juzgan siempre caprichos de la edad los consejos de la experiencia, y... Pero no llores, hija mia: esos malvados no merecen tus lágrimas.... yo no te culpo á tí.... Esa desgracia solo mancilla mis canas... Yo debia protegerte y te abandoné entre tus enemigos.

JULIA. ¿Quién? vos que como un padre me dirigis en el mundo; vos que enjugais mis lágrimas.... ¡no, nunca! Yo sola soy la culpada; yo, que no os pedí consejo antes de ir á esa fiesta que habia de ser mi perdición.

DIEGO. Dios disipará esas nieblas de tu alma virginal, Julia; pero acuérdate siempre que la mujer es el mayor enemigo de la mujer; que hay amigas que estrechan contra su seno al mismo tiempo que maldicen con su corazón.... Irene! la compañera de la infancia, la amiga de toda tu vida; aquella con quien generosamente compartias tu corazón y tu hacienda; la que lloraba cuando tú llorabas y sonreía si tú sonreías, es la que hoy te calumnia y te vende; el móvil de su amistad era el interés: en su alma no cabian mas que celos y envidia.

- JULIA. Qué cruel desengaño!... A veces tambien dudé de su cariño, pero despues me reconvenia severamente, juzgando rarezas de su carácter los detestables instintos de su alma.
- DIEGO. Lo mismo que ese Guillen. ¡Ojalá me equivoque! pero algo hay en su fisonomia que hiela la confianza.
- JULIA. Guillen es un caballero lleno de hidalgos sentimientos: amigo de Irene cuando la juzgaba sin mancha, ahora la aborrece porque la ve criminal. Yo tambien sospeché de Guillen, y en verdad me arrepiento: mi único defensor con el Marqués de Urbina conoce mi inocencia y la proclama en alta voz.
- DIEGO. ¿Guillen?..
- JULIA. Desde la noche funesta, en que herido don Felix, fué maliciosamente transportado á casa de la Baronesa, con pretexto de hacerle en ella la primera cura, ha hecho cuanto ha podido por sacarlo de alli y rehabilitarle á sus ojos...
- DIEGO. *(Con intencion.)* ¿Pero y don Felix?
- JULIA. *(Sollozando.)* El ingrato no lo oye, porque no me ama; y está ciego de amor por Irene...
- DIEGO. *(Afectuosamente.)* No hablemos mas de eso, hija mía: esta conversacion te agita en extremo, y antes me lleve el Señor que verte otros treinta dias luchando entre el delirio y la fiebre. *(Un lacayo abre la puerta del fondo y entra Guillen. Don Diego lo saluda ceremoniosamente y se retira.)*

ESCENA II.

JULIA.—GUILLEN.

- JULIA. Bien venido, Guillen.
- GUILLEN. Y vos, señora, ¿cómo os hallais?
- JULIA. Dicen que estoy aliviada.
- GUILLEN. Lo que es el semblante, muy bueno: hay mas serenidad en vuestros ojos, y van otra vez las rosas mezclándose con la nieve... A fé mia, estais encantadora.
- JULIA. *(Indiferente al cumplido.)* Y bien, decid. ¿Cómo está don Felix de su herida?
- GUILLEN. Perfectamente: poco mal y bien curado.

JULIA. Pero la herida fué en el pecho...

GUILLÉN. Un pinchazo muy leve... pero era indispensable exagerarlo, para hacer resaltar toda la sensibilidad de Irene... Era preciso verla llorar y oírla rezar... hasta á mí mismo me conmovía... Era preciso, en fin, que don Felix debiese la vida á las delicadas atenciones, á los exquisitos cuidados de Irene.. Don Felix, lleno de buena fé, así lo cree: he querido desenredarlo mil veces del lazo infernal en que ha caído; pero: «Irene me salvó la vida cuando estaba al borde del sepulcro por Julia.» Hé aquí su respuesta.

JULIA. (*Con vehemencia.*) Pero, ¿no le habeis dicho que yo á mi pesar fui arrastrada por Irene á aquella orgía?.. ¿que el hombre que le dió la puñalada era un asesino pagado por ella?

GUILLÉN. ¡Ah! no podeis imaginaros cuánto he hecho, y aun daría la vida, si con ella se comprara vuestra ventura. Pero...

JULIA. Acabad.

GUILLÉN. Todo es inútil. Don Felix está enamorado. Irene con sus diabólicos ardides ha logrado encender una hoguera infernal en su alma... El amigo ya no escucha al amigo. Don Felix os olvida y... hasta ha prometido casarse con Irene.

JULIA. ¡Fementido! ¿qué he hecho yo para que así me ultraje?.. ¡Dios mío! Tal vez no me ama porque me juzga criminal... Guillén, si sois mi amigo, si por vuestros sentimientos hidalgos os habeis declarado mi defensor, no me abandonéis... descubrid la trama de esa maquinación infame, fraguada para perderme... niégue me su amor, cásese con Irene, pero rehabilitadme á sus ojos!..

GUILLÉN. ¡Julia! vuestro dolor me traspasa el corazón. Yo he hecho cuanto he podido... pero don Felix, hechizado por esa mujer, se ha vuelto sordo y ciego. . vos habeis perdido el amante, y yo por defenderos he perdido el amigo: ¡ah! una amistad de toda la vida, una amistad que era mi única esperanza... yo era tan rico como don Felix, y un golpe de fortuna me arrebató cuanto poseía. Supo don Felix mi desgracia, y como habíamos sido compañeros de colegio y en una ocasión le había salvado la vida, me llamó, y me dijo: «Guillén,

tú eres pobre y yo soy rico; hasta aquí has sido mi amigo, en adelante si quieres viviremos juntos, y serás mi hermano.» Desde entonces caminamos unidos. Por él me hubiera hecho matar cien veces, y él hubiera dado por mí su vida y su fortuna. Pues bien, esa amistad sagrada de tantos años, por vos acabo de romperla esta mañana... Decid ahora que os abandono.

JULIA. Yo no soy digna de tanta generosidad: unios con vuestro amigo, y pues no hay remedio para mí, no os precipiteis inútilmente en mi desgracia.

GUILLÉN. (*Con calor fingido.*) Si, uno hay... todavía puedo salvaros, angélica criatura: don Felix no escucha las razones; pues bien... recurriremos á las espadas! La honra de Julia bien vale la vida de un hombre.

JULIA. Por piedad, Guillén, bastante me oprime el dolor para que arrojéis sobre mi pecho los remordimientos... ¡Reñir por mí dos personas tan queridas!.. ¡no, nunca!

GUILLÉN. (*Cada vez con mas exaltación.*) Es que vuestro honor es antes que todo; es que don Felix os ha ofendido y... yo os amo. (*Cayendo á los pies de Julia.*)

JULIA. (*Asombrada.*) ¡Dios mio!

GUILLÉN. Perdon, señora, perdon. Este amor era un arcano, que debía morir en mi alma, era unos de aquellos amores quiméricos, sin sombra, ni luz en lo pasado, sin fé en lo presente, ni esperanza en lo porvenir: una mezcla indefinible de placer y dolor, de abnegacion y cariño... ¡Jamás... jamás hubiera salido de mi corazon!.. Pero hoy que os afrentan y os humillan, debeis saber que hay uno que os defiende, porque os idolatra... con él podeis contar á vuestro albedrio... En premio de todos sus sacrificios no exigirá ni una mirada... Julia, si ese amor es un crimen... perdonádmelo!

JULIA. Levantaos; no inclineis á la tierra vuestra frente generosa.

GUILLÉN. Ya me conoceis. Ahora, jamás volveré á hablaros de mi corazon.

JULIA. (*Enternecida.*) Si el verdadero amor pudiera sentirse dos veces, yo os daría mi cariño... Qué mayor gloria que pertenecer á un hombre que abraza tan nobles sentimientos?... Pero no puedo ni debo engañaros. La imágen de Felix llena mi alma; siento en mis oidos el eco de sus palabras como una armonia celestial; por

todas partes encuentro su mirada fascinadora, y aunque me aborreciera, siempre lo adoraría!.. Pero vos sereis mi amigo, yo... seré para vos una hermana.

GUILLÉN. (Algo es algo, y cuando vea á Felix casado con Irene será mia.) Sois un ángel de bondad... yo un insensato... No perdamos tiempo..... voy á hacer los últimos esfuerzos, aunque sin esperanza.

JULIA. (*Tendiéndole la mano.*) Adios, mi generoso amigo.

GUILLÉN. (*Se la besa.*) ¡ Ah! si aun pudiera haceros feliz, y conjurára la tempestad que amenaza á don Felix! (*Vase.*)

ESCENA III.

JULIA.—PAOLO.—UN LACAYO.

LACAYO. Señora.

JULIA. ¿Qué buscas?

LACAYO. Señora, buscaba á don Diego. Ha venido un hombre preguntando por su señoría; pero tiene mala catadura, y antes de introducirlo...

JULIA. ¿Qué trazas tiene?

LACAYO. Parece un pescador ó un marinero.

JULIA. Que entre: yo avisaré á mi tutor. (*Vase el lacayo. Julia se va lentamente hácia la puerta de la izquierda. Paolo, en traje de marinero, entra por el fondo.*)

PAOLO. (*Recatándose de Julia.*) Se va y me alegro... Los ojos feroces de Paolo el barquero no podrian soportar la dulce mirada de esa débil criatura. (*Mira á un lado y á otro con desconfianza.*) Por San Genaro, que me tiemblan las piernas... Yo, que he naufragado tres veces: yo, que mas firme que una roca he peleado no sé cuántas puñal en mano; y oido sereno los interrogatorios de los golillas en ocasiones en que me iba el pellejo, hoy me extremezco como un azogado al pisar estos umbrales, habitados tan solo por un viejo y una niña... Pero ánimo y esperemos en la clemencia de estas gentes. El Dios de misericordia no me habrá librado de la estocada del Marqués para que fuera en buena salud á la horca.

ESCENA IV.

DICHOS.—D. DIEGO.—*Paolo inclina la cabeza con aire tímido, y queda inmóvil con la gorra en la mano.*

DIEGO. ¿Qué buskais, buen hombre, necesitais algo?... Hablad sin temor: donde está Julia, mi pupila, todos los desgraciados encuentran alivio. *(Paolo levanta la cabeza y va á prosternarse ante D. Diego.—Julia lo reconoce y retrocede espantada.)*

JULIA. Él es: ¡Dios mío! Sus facciones no se han borrado de mi memoria.

PAOLO. *(De rodillas.)* ¡Perdon! ¡perdon! Yo soy un criminal que se prosterna ante los jueces que pueden condenarlo.

DIEGO. *(Con ansiedad.)* Levanta y explícate. *(Paolo se levanta: Julia lo escucha petrificada.)*

PAOLO. Señor, antes de pronunciar mi sentencia escuchadme un momento... Apelo al noble corazón de vuestra pupila...

DIEGO. Habla pues... ¡acaba!

PAOLO. Señor, mi madre es una infeliz agobiada por la edad y por la miseria. Hace algunos meses atravesaba la Mergelina apoyada en un báculo, cuando la atropellaron dos ginetes que iban á escape: mi pobre madre, con un brazo roto y una herida en la frente, rodó por el suelo, sin que los caballeros volviesen siquiera la cabeza. Yo estaba en la mar y no podía auxiliarla. Pero cuando en medio de sus horribles quejidos bregaba inútilmente por levantarse, se acercó una mujer, cubierto el rostro con un velo, y levantando en sus brazos á la desdichada, como á ella el ángel del Señor la levantará en los suyos el día del juicio, pidió ayuda á un marinero que á la sazón pasaba, é hizo conducir á la pobre anciana á nuestro miserable albergue. Un momento despues un médico no se apartaba de la cabecera de su lecho, y al día siguiente una criada entregó á mi madre quinientos escudos de parte de la señora del velo, cuyo nombre no supimos entonces. Mi madre y yo bendicimos al ángel que nos enviaba el cielo en nuestro infortunio. Al fin acabóse la cura, pero no acabaron los dones de la dama caritativa. Hasta aquí

mi historia no os interesa. Escuchad con indulgencia lo que sigue; si no soy perdido.

DIEGO. Continuad.

PAOLO. Hace cuarenta días, en una taberna de la Mergelina me hallaba bebiendo con dos compañeros y un sargento de los guardias del virey: este último me propuso una partida de dados: jugué y perdí cuanto llevaba; despues lo que mi madre tenia, gracias á la dama desconocida; y luego, deesperado de tanto perder, jugué mi barca, que era lo único que me quedaba. Salí con ánimo de arrojarne á la mar, cuando un hombre que estaba fuera de la taberna, embozado hasta los ojos, me cogió y me dijo:—«Paolo, ¿quieres ganarte cuatrocientos escudos?—Ya lo creo, le contesté, como que por no tenerlos me voy á arrojar al mar..... ¿Qué hay que hacer?—Te elijo, me respondió, porque eres hombre de destreza y empuje. Tengo un amigo á quien una mala mujer tiene cogido por los cabellos, y es preciso arrancarlo de sus uñas.» Seguidamente me explicó el plan de la infame traicion que sabeis: púseme de acuerdo con una mujerzuela á quien el señor Marqués de Urbina habia salvado la vida, y de comun acuerdo representamos aquella farsa execrable de que me arrepentiré toda mi vida.

DIEGO. ¿Y quién era ese vil?

PAOLO. Jamás le ví el rostro.

JULIA. (¿Seria Guillen?... ¡Qué idea terrible!)

DIEGO. ¿Y cómo pudo Felix creer?...

PAOLO. ¡Oh! Todo estaba muy bien calculado. Silvia hizo alli rodar entre los sarcasmos de los circunstantes unas cartas que le habian sido entregadas por el desconocido, con este objeto, y á cuya vista no pudo resistir mas esta señora: una de las que estaban interesadas en perderla, abusando de su estado, la arrancó esta sortija, que ahora os devuelvo...

JULIA. (Tomándola.) ¡Oh! La juzgué perdida para siempre.

PAOLO. Con ella y á favor de su disfraz, hizo oír al Marqués un diálogo de amor y celos, en el cual hice yo un papel principal.

DIEGO. ¡Qué infamia!

PAOLO. Logrado nuestro objeto, ibamos ya á retirarnos. Yo que debia hacer el papel de amigo de la familia, daba el

brazo á esta señora. Pero el Marqués, que nos buscaba, nos vió desde lejos, y se arrojó sobre nosotros espada en mano... El desconocido aparentó defenderlo...

JULIA. ¡Ay!... era Guillen!...

PABLO. Si, si! Ahora recuerdo que así le nombró una de las máscaras que le acompañaban... El Marqués cayó herido, pero antes me atrevió el pecho con una terrible estocada.

DIEGO. ¡Miserable! Ese era el principio de tu castigo.

PAOLO. ¡Un momento por piedad! A los tres días de una calentura horrible, abrí los ojos y vi á mi madre llorando á mi cabecera. «Hijo mío, me dijo, creí perderte para siempre. Loado sea Dios que te vuelve á mis brazos. Ahora que estas más tranquilo, voy á implorar la caridad de doña Julia, pues no tenemos recurso alguno.» Iba á advertir á mi madre que contase con cuatrocientos escudos; pero al nombre de Julia se me heló la sangre en las venas. ¿Quién es esa Julia? pregunté des-pavorido. La pobre anciana me recordó entonces la historia que os conté al principio, y añadió: Nuestra bienhechora se llama Julia: ya he averiguado su nombre; sé dónde vive, y por cierto que he oído á uno de sus criados que va á casarse con el Marqués de Urbina. A estas palabras toda mi sangre se agolpó á la herida; y caí desmayado. El mal, que hasta entonces no era de peligro, se hizo mortal, y en mis ansias terribles prometí á San Genaro una ofrenda, si recobraba la salud, y arrojarme á vuestros pies implorando perdón. Hoy es el tercer día de mi convalecencia: acabo de poner un cirio en el altar del santo, y aquí me tenéis pidiendo misericordia. (*Arrojándose á los pies de D. Diego.*)

DIEGO. (Aun no está todo perdido.) Paolo, nos has hecho mucho mal; pero es grande tu arrepentimiento, y mi hija adoptiva y yo te perdonamos.

PAOLO. ¡Señor!

DIEGO. Pero nos debes una reparación, y acaso con tus palabras aun puedes remediar el mal inmenso que nos has causado.

PAOLO. ¿Qué debo hacer?... soy vuestro esclavo.

DIEGO. Ahora mismo vas á casa de la Baronesa. Allí se encuentra el Marqués, pregunta por él y cuéntale esta

historia, sin omitir una sola palabra... y que no te se olvide, que el enibozado que fué á buscarte á la taberna se llamaba Guillen.

PAOLO. En seguida serán cumplidos vuestros deseos. Pero necesito que me indiquen la casa.

DIEGO. Que te acompañe un lacayo... Si no te dejasen entrar..

JULIA. Decidles que sois un marinero que acaba de llegar de América y que traeis al Marqués nuevas de su familia... ¡Marchad, marchad! .. *(Paolo inclina la cabeza y sale precipitadamente. Julia con muestras de alegría se acerca á D. Diego, este la estrecha en sus brazos. Ah! me siento mejor... la esperanza vuelve á nacer en mi pecho.*

DIEGO. Si, hija mia, todo no está perdido. Tus padres te protegen desde el cielo, ya que yo te abandoné en la tierra.

JULIA. Pero y Guillen! *(Con un movimiento de terror.)* ¿Habeis visto un monstruo mas inicuo? De quién se fiará una en el mundo.

DIEGO. ¡Ah!... si... bien te lo decia... *(Al oír el nombre de Guillen se estremece y luego con aire distraído.)* Pero... se me olvidaba, tengo que dejarte un momento, hija mia.

JULIA. Y vendreis pronto?

DIEGO. Confío en Dios que muy pronto... acaso sea para tí hoy un día de júbilo y quiero participar de tu alegría... Pero mientras vuelvo, ruega á Dios por tí y por mí, porque ambos necesitamos de su santo apoyo. Celestial criatura *(La besa en la frente y luego yéndose.)*, Paolo va tal vez á volverte tu felicidad; á mí me toca vengarte. *(D. Diego váse por la puerta de la izquierda. Julia de rodillas como en oración.)*

JULIA. *(Orando.)* Virgen pura, acógeme bajo el manto de tu piedad divina... Si la vida es el dolor, dame fuerzas para sufrirlo.. *(Se oye ruido en la puerta del fondo. Julia se levanta repentinamente.)*

ESCENA V.

JULIA.—IRENE.—*Esta con tanto que la cubra, dejando ver, sin embargo, algunos indicios de estar lujosamente ataviada. Julia muy tranquila. Irene muy agitada. La primera con aire majestuoso, apoyada en una mesa, vuelve la cabeza hácia la segunda, que se acerca un tanto turbada.*

IRENE. ¡Julia!.. amiga mia... sin duda te sorprende mi visita.

JULIA. De vos nada me sorprende.

IRENE. Julia, querida Julia, ese aire me martiriza. Te he ofendido, si, pero vengo á ofrecerte una reparacion... Además, yo no soy tan culpable como lo piensas... El amor nos ciega: es la causa de nuestros desvarios, y yo lo amaba con frenesí.

JULIA. Es tarde, Irene, os conozco y ya no podeis engañarme. Yo no os culpo.. por qué venís á justificaros?

IRENE. ¡Ah! sé mas indulgente conmigo; piensa que nadie me obligaba á dar este paso y vengo espontáneamente á ofrecerte una reparacion... Julia, vengo, porque tu honor está comprometido, porque podría estarlo el mio, porque vengo á salvarte, con tal que me jures sobre tu corazon que no has de revelar jamás nada á don Felix.

JULIA. Vienes á mí, porque te acosan los remordimientos, porque pagas asesinos y mujeres perdidas... porque con una palabra puedo deshonorarte para siempre.

IRENE. Te escucho con calma, porque estás resentida en tu amor propio de mujer, y sé adónde llega el furor de los celos. Además, tus tiros ya no me alcanzan... Tranquilízate, piensa que estás desacreditada y que yo sola puedo rehabilitarte.

JULIA. Gracias... os dispenso esa molestia. Además... vuestros tiros tampoco me alcanzan. Guardad para vos esa honra que me quereis dar... acaso la necesiteis en este momento, y luego... yo... no podría rehabilitaros.

IRENE. Me estais insultando, y al mismo tiempo me dais compasion... ¿Os propongo la paz y optais por la guerra?

JULIA. ¿Y qué me importan á mí vuestra paz, ni vuestra guerra? ¿No sabeis que ha llegado el momento da la expiacion? ¿O creisteis al lanzaros en el crimen, que no habia justicia ni castigo? ¿Y vos erais mi

amiga!.. (*Arrojándola una mirada que la hace retroceder.*) ¡Vos... erais mi hermana?... ¡Dios mio! yo estaba loca... ¿Cómo creía en la falsedad de sus palabras?... Irene, yo he compartido con vos mi fortuna; os he abierto mi pecho, y habeis desgarrado mi corazon. Y venis á protegerme... á mí, que os desprecio. Dios ha venido en mi ayuda: solo para vos ya no hay salvacion... Don Felix á estas horas sabe ya mi inocencia y vuestras infames supercherias. ¡Oh! parece que os agobian mis palabras... Yo tambien me he vuelto mala, y ahora saboreo el placer de la venganza. (*Irene queda un momento como fulminada. De repente se rehace y dice con solemnidad.*)

IRENE. ¡Julia! Si aun os queda un resto de cariño por don Felix, no ultrajeis á la Marquesu de Urbina. (*Deja caer el manto y aparece vestida de blanco, con la corona de desposada. Julia da un grito y queda á su vez como fulminada: momentos de silencio: despues se vá rehaciendo á medida que va hablando.*)

JULIA. ¡Ya no hay remedio! Amor, honra, felicidad... todo lo perdí... Una calumnia mancha mi frente, y el dolor rasga mis entrañas... ¿Qué importa?... sea dichosa aunque yo muera! (*Con la mano en el corazon como sosteniendo una lucha consigo misma.*) ¡Nada! nada revelaré. Irene, si sois la mujer de Felix, amadle como yo le amaba, respetad su nombre, y haceos digna de tanta felicidad. No os aborrezco... (*Sollozando.*) vuestra alma fraternizó con la mia al adorar á don Felix... Dios no ha querido que yo sea su esposa.

IRENE. Julia, perdóname. (*Prosternándose y cogiéndole las manos.*)

JULIA. No hay un instante que perder; un momento despues ya no será tiempo. (*Irene se levanta repentinamente.*) Paolo acaba de salir de aqui para ir á buscar á don Felix, y contárselo todo. Afortunadamente él ha ido á pie y vos tendreis vuestra carroza... Que galopen vuestros caballos... volad... y adios para siempre!

IRENE. (*Saliendo precipitadamente.*) ¡Ah! Si no llego á tiempo, la muerte antes que la ignominia. (*Vase. Julia que hasta entonces habia estado sostenida como por una fuerza sobrenatural, mira á su alrededor despavorida, da un grito y cae desmayada en un sofá.*)

ESCENA VI.

JULIA.—D. DIEGO, *entrando por la puerta de la izquierda.*

DIEGO. ¡Cobarde! Tal vez me haya porque sabe que he descubierto su crimen... Juré vengarme aunque se ocultara en el centro de la tierra... ¡Dios mío! ¿qué veo? Julia!... Julia!.. *(Esta no responde, él se acerca y le coge una mano con grande ansiedad.)* Su mano está helada... pronto. Inés, socorro, mi Julia se muere. *(Viene una criada con un pomo de esencia y una copa de agua, y á sus cuidados, y á los de D. Diego, Julia vuelve en sí.)*

JULIA. *(Empezando á despertar de su letargo.)* ¿Dónde estoy?

DIEGO. Julia, hija mía, ¿no me reconoces?

JULIA. ¡Ah! ¡señor! ¿sois vos? *(La criada se marcha á una silla de D. Diego, dejando en la mesa el agua y el pomo.)* Dormía aun y no podía reconocerlos... Una pesadilla horrorosa embargaba mis sentidos... absorbía mis facultades. *(Se levanta.)* Soñé, que había perdido para siempre lo que mas adoro, y que Irene con el traje nupcial me estaba escarneciendo.

DIEGO. Sosiégate, por Dios, hija mía: un sueño es una quimera... Estás aun convaleciente y necesitas quietud.

JULIA. *(Mirando en rededor de sí vé un pañuelo, lo coge precipitadamente y reconoce en él el de Irene.)* No es una quimera, es una espantosa realidad... ¡Todo lo he perdido! ¡Solo vos me quedais en el mundo! *(Echándose al cuello de su tutor.)*

DIEGO. *(No pudiendo contener el llanto.)* Yo creí que un viejo no podría derramar lágrimas, y el llanto se agolpa á mis ojos... Julia, tu dolor me parte el corazón. *(Quedan un momento abrazados, le dá el brazo.)* Te llevaré á tu estancia, hija mía... arde tu frente y necesitas descanso... Dios nos mande el pesar y tambien nos envía el consuelo... Pon en Dios tu fé y tu esperanza.

JULIA. Si, habladme de Dios; fortaleced mi fé. *(Caminan hacia una de las puertas laterales, que se supone ser la estancia de Julia, y aparece Guillen por la del fondo.)*

GUILLÉN. *(Hagamos el último esfuerzo.)* *(Viniendo al encuentro de Julia y su tutor.)* Ya veis, Julia, que no me he hecho

esperar. (*Julia sin contestar le dirige una mirada de indignacion. Guillen queda sorprendido.*)

DIEGO. (*Siguiendo su camino.*) Sin duda tendreis algo que decirme. Vuelvo al instante. (*Váse con Julia.*)

ESCENA VII.

GUILLEN, *pensativo.*

Que el diablo me lleve si esto no se complica mucho mas de lo que me esperaba... Se carga el horizonte, y es preciso andar listo para conjurar la tempestad.... Ese maldito Paolo bien podía haberse muerto.... Don Felix á estas horas todo lo sabe, y por lo visto aqui ha prendido tambien una chispa de aquel incendio... Nada; salgamos cuanto antes, pues estamos descubiertos, y arreglemos nuestros negocios.... No me queda mas recurso que la fuga... Por dicha mia, tengo en mi poder la tercera parte de su hacienda. (*Va á salir, y un lacayo le intercepta el paso.*)

LACAYO. ¡Atrás!

GUILLEN. (*Levantando el puño.*) Abre paso, bergante.

LACAYO. (*Presentándole una pistola.*) ¡Atrás! A la tercera os levanto la tapa de los sesos.

GUILLEN. (*Vuelve otra vez al medio de la escena, y el lacayo desaparece de la puerta.*) Pues señor, esto es lo que se llama haber caído en una ratonera... ¿Qué ocurrencia le habrá dado á don Diego de convertir su casa en prision?... Pero... ahora vendrá, y con ese vejete yo me las arreglo. (*Pasea pensativo y hablando consigo mismo.*) Sincerarme con Felix es imposible... Si pudiera embaucar todavia á estos otros, haciendo recaer todo sobre Irene... De todos modos está perdida... ¡Ah! si... en cuanto á mí... aun puedo salvarme.

ESCENA VIII.

GUILLEN.—D. DIEGO.

DIEGO. Dispensadme si os he hecho esperar demasiado. (*Con calma.*)

GUILLEN. Extraño tanta cortesía, y no comprendo...

- DIEGO. ¿No comprendéis? A fé mia teneis poca perspicacia.... ¿Creisteis mancillar impunemente la honra de una niña y afrontar las canas de un viejo? ¿Creisteis tal vez, porque me tiembla la mano, que tambien me temblaria el corazon?
- GUILLÉN. Cuando esté mas despacio os prometo escuchar vuestras razones... asuntos muy árdulos me llaman fuera de aqui en este momento.
- DIEGO. No intentéis escaparos, Guillén; es inútil: por mucho que hicierais, no podriais pasar del umbral de esa puerta. Además, ¿qué os importa batiros conmigo?... Vos joven, vigoroso, robusto; yo misero anciano, con honra en el alma, pero sin vida en el cuerpo.
- GUILLÉN. ¡Ah! Si se trata de un lance, yo no lo rehuso... Verdad es que no estamos en el sitio mas á propósito ni guardamos las formalidades convenidas; pero si os place echemos mano de las espadas. (*Va á echar mano de la espada.*)
- DIEGO. (*Con sangre fria.*) Guillén, sois un cobarde ¿Quereis medir vuestra espada con la mia porque no tengo fuerza para esgrimirla? Quereis desarmarme ó hacerme un rasguño, lo que ciertamente no os costaria gran trabajo, para obligarme á decir que os debo la vida, para convertirme de juez de vuestros delitos en cómplice encubridor. Las fuerzas humanas para nada nos sirven en este momento en que se trata de un juicio de Dios! (*Sacando dos pistolas.*) Una está cargada y la otra vacia: dentro de un momento tendreis el derecho de la eleccion: bajemos al parque: marchad delante de mí y abrid esa puerta. (*Señalando la del jardín.*)
- GUILLÉN. (Maldito viejo!) Vive Dios que habeis perdido el juicio y nadie se empeñaria en un duelo á muerte, si antes no le dejaseis buscar sus testigos... Quereis que la justicia me persiga mañana por asesino?
- DIEGO. Con la espada no os importaban los testigos, y con la pistola os asaltan esos escrúpulos. ¡Perez! ¡Fortun! (*Llamando. Se presentan dos criados.*) En este momento vais á acompañarnos al parque: suceda lo que suceda, en nada teneis que mezclaros. Si mañana os preguntase la justicia, decid sencillamente cuanto hayais visto.
- GUILLÉN. Pero antes de un duelo de esta especie es necesario arreglar...

:

DIEGO. Si teneis algo que arreglar, en el parque me dareis vuestras instrucciones. Serán cumplidas. Ahora, Guillen, marchad delante de mí, ú os mato como á un perro!

GUILLEN. (Este viejo es Satanás en persona.) Vámos pronto, don Diego; ya me fatigan vuestras palabras. (*Dirigiéndose á la puerta del jardín.*) (Conozco el jardín: la cerca no es muy alta y aun puedo salvarme. *Salen todos por la puerta del jardín, que queda cerrada por dentro.*)

ESCENA IX.

JULIA.

Imposible dormir!..... Los dolores del alma ahuyentan el sueño; la fiebre me abrasa, y parece que voy á volverse loca... Acaso el aire del campo y de la mar calme mi frente. (*Abre una de las ventanas que dan al jardín.*) El golfo está dormido como un lago, y el aura apenas mece las ramas de los árboles... El cielo y la mar estan tranquilos. ¡Todas las borrascas se han refugiado á mi corazón!... Hermosura, riqueza, todo me sobra ya... Si, estoy decidida..... A ti me consagraré, Dios mio: contemplando en el retiro tu bondad infinita, tal vez olvide la iniquidad de los hombres..... Y tú, madre mía, tú, que me ves florar desde el éter purísimo de la gloria, ruega al Señor que acorte mi existencia, y que mi alma vaya á juntarse con la tuya. Oigo pasos y voces en el jardín: se agitan las ramas... Dios mio! ¿Cónde estará mi tutor?...

ESCENA X.

DICHA.—D. FELIX, *que entra precipitadamente y se arroja á sus pies.*

FELIX. ¡Julia!

JULIA. Vos aquí, Marqués?...

FELIX. ¡Si la desesperacion es digna de lástima, mírame á tus pies implorando perdon!

JULIA. Idos, Felix... Ya que soy desgraciada, no me hagais criminal.

- FELIX. Ha solo un momento que sé lo injusto que fui par contigo... No me arrancarán de aquí sin tu perdón!
- JULIA. ¿Y de qué os de perdonar cuando soy tan culpable como vos? ambos dudamos y Dios nos envió el castigo, nuestros padecimientos son hijos de nuestros errores: resignaos y sufrid.
- FELIX. Julia, tú eres la luz celeste que ilumina un momento los tormentosos abismos donde me he hundido para siempre: ¡yo maldigo á los impios que nos separan, y aunque sea un crimen amarte, te adoro con todo mi corazón!
- JULIA. ¡Callad! callad... ¿No veis que desgarráis mi alma? Os habeis unido irrevocablemente con Irene al pie de los altares... No habeis los juramentos que acabais de hacer ante Dios, como los que hicisteis ante esta mujer desventurada!
- FELIX. Por piedad, Julia, no pronuncieis una palabra que pueda traer á mi memoria á esa mujer aborrecida. Para siempre me separará de ella el Océano! Tarde, muy tarde ha caído la venda de mis ojos; pero juro vengarme.
- JULIA. ¡Felix, Felix!
- FELIX. Mas tú, Julia mía, ¿no es verdad que me perdonas?... ¡Ah! déjame que pronuncie ese nombre como en los fugitivos instantes de nuestra ventura... Ahora, ¡ay de mí, que me despido de tí para siempre! Julia, dime que no me aborreces, y tendré valor para soportar la carga de la vida!
- JULIA. ¡Ay!
- FELIX. Sepa yo que á través de los mares y del espacio, nuestras almas estarán unidas por el nudo invisible del dolor y de los recuerdos!
- JULIA. ¿Necesito deciros que no os aborrezco cuando estais viendo mis lágrimas? Si, yo os perdono y vuestro recuerdo endulzará mi agonía... Pero dejadme ya...
- FELIX. Si... tienes razon: olvidaba ya lo que debo hacer antes de dejar para siempre estas regiones. Uno de nuestros enemigos está á cubierto de mi venganza... ¡Ay del otro!... (*Suena un tiro*)
- JULIA. ¡Gran Dios! Lo habia olvidado... Si será...
- FELIX. ¿Qué puede ser?
- JULIA. Mi tutor... acaso... pero idos... idos, Felix!... ¡Que no empañen las apariencias del crimen la pureza y el do-

lor de nuestros corazones!

FELIX. Pero en tal momento... ha sonado un tiro: no puedo dejaros sin saber...

JULIA. ¡Os lo ruego por lo que mas ameis!

FELIX. ¡Imposible! *(Se oye rechinar la llave de la puerta del jardin: momentos de ansiedad: D. Felix se retira á un lado de la escena.)*

ESCENA XI.

DICHOS.—D. DIEGO:

DIEGO. ¡Hija mia, ya estás vengada! *(Sin ver á Felix.)*

JULIA. } ¡Ah! *(Cae el telon.)*

FELIX.

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Sala en casa del Marqués, adornada con elegancia sencilla. Una puerta al fondo: dos laterales. Cerca de una de éstas una mesa.

ESCENA PRIMERA.

IRENE, puseándose con agitación.

¡Perdida... deshonrada... aborrecida... despreciada!
¡Oh! mil veces antes la muerte! ¡Cuántas impiedades... cuántas infamias... por un puñado de oro y un título vano! ¡Envilecerme por tan ruines objetos! Y ahora por su estimación... por un átomo de su amor... daría todas las coronas de la tierra! ¡Dios mío! ¡Cuán justos son tus juicios!

BAR. ¡Irene! ¡Irene! *(Por la derecha.)*

IRENE. ¿Qué me queréis? ¡Traidor, infame Paoló!

BAR. Cálmate, hija mía. Aun puede todo remediarse... Con prudencia y valor todo se alcanza. Quisiste ser marquesa de Urbina, y lo eres: proponte ser dueña del corazón de tu esposo, y lo conseguirás.

IRENE. ¿Con nuevas infamias?... ¡Además, no conocéis a Félix... Nunca... nunca me amará!

BAR. ¿Y qué te importa su amor?

IRENE. ¡Callad! ¡callad! Hé aquí vuestra obra... las consecuen-

- ...cia de la perversa educación que me disteis! Yo era noble y altiva, y me hicisteis altanera y sarcástica. Sofocasteis en mi corazón la modestia y la ternura... y me hicisteis ambiciosa... escéptica... envidiosa! ¿Por qué no me ahogasteis en la cuna? Yo era, ¡ay de mí! tan hermosa como Julia. Si hubiera sido tan tierna y candorosa como ella, acaso me habría amado Felix... Si... ¡me habría amado mil veces mas! Pero yo combatí con las armas del vicio... ella con el encanto de la virtud. Ella ha sido vencida; pero en su derrota la consolarán su propia conciencia y el amor de Felix... Yo triunfo... y en mi victoria encuentro la muerte y el eprobio!
- BAR. Tu desaliento me desgarrá el corazón. Vuelve en tí, hija mía... Aun hay un remedio...
- IRENE. ¿Cuál?
- BAR. Es necesario que crea el Marqués que solo el amor ha sido causa de tus errores... que finjas una pasión...
- IRENE. ¿Que finja yo una pasión? ¡Dios mío! Esta mujer está ciega. ¿No veis que le amo con todas las fuerzas de mi alma?
- BAR. Tanto mejor. El Marqués no podrá ser insensible á tu afecto. Dile...
- IRENE. Todo sería inútil: creería que era una nueva farsa. Para mí solo hay un camino.
- BAR. ¿Qué fué de tu fortaleza? aquel carácter que todo lo vencía... aquella voluntad que todo lo arrollaba... ¿se abaten ahora al primer contratiempo? La suerte te depa para honores y riquezas... has superado grandes obstáculos... y desmayas ahora, ¿cuando solo te resta por vencer la voluntad de un hombre débil?
- IRENE. No conocéis á Felix: es crédulo; pero honrado y generoso. Jamás dará su amor á la que haya despreciado una vez. ¡No!... no le amaría yo tanto... si fuera capaz de amarme!
- BAR. Créeme, hija mía: no puedes... no debes retroceder.
- IRENE. No retrocederé: mi corazón está resuelto. Detrás de mí, lágrimas y sangre... Delante un abismo!
- BAR. Me asusta el tono de tu voz: la expresión de tus ojos llena mi alma de espanto. Si no tienes piedad de tí, apiádate de tu madre, hija mía!
- IRENE. ¡Os apiadasteis vos de mí, cuando me impelisteis al

crimen? ¿Quereis recoger cosecha de amor y de ternura, cuando sembrasteis semilla de odios y desastres?

BAR. ¡Oh Dios mío! Bien sabéis que en ella... en su felicidad solo pensaba. He merecido castigo; pero es ella, Señor, quien debía castigarme? (*Llora.*)

IREN. ¡Perdonadme! Si... es cierto... No es la hija quien debe castigar á su madre! (*Abrazándola.*)

BAR. ¡Hija mía!.. pero... sosiégate... Tu salud.. tu vida son para mí antes que todos.

IREN. ¡Mi vida! (*Con amargura.*) ¡Ah! (*Viendo á Félix que entra por el fondo.*)

ESCENA II.

DICHAS.—FELIX.

FELIX. Señora, vengo á hablaros por la postrera vez de mi vida.

BAR. Vos no podeis abandonar á mi hija...

FELIX. Tengo que hablar á esta señora privadamente... Os ruego que nos dejéis solos.

BAR. Señor Marqués, una madre...

IRENE. Dejados solos, madre mía.

BAR. Está bien. (*Véndose por la derecha.*) (Solo Julia puede salvarla, y á ella acudiré.) (*Vase.*)

IRENE. Hablad, señor... ya estamos solos.

FELIX. (*Con violenta calma.*) Mañana nos separará para siempre el Océano, y el odio que me inspirais, mas inmenso aun que los inmensos mares.

IRENE. ¡Ah!...

FELIX. Nada os debo sino la amargura con que habeis emponzoñado toda mi vida; pero esto no os importa; no sería justo privaros de la recompensa á que aspirabais. Ya que para afrenta de mi estirpe y mi perpétuo remordimiento llevais mi nombre...

IRENE. Señor Marqués, no digais una palabra mas, ó tendreis que arrepentiros de ella toda la vida.

FELIX. Todo cuanto podeis decir es inútil. Tomad. Estos papeles os aseguran la mitad de mi hacienda. ¿Queriais oro y títulos? Ahí los teneis. Estamos en paz. (*Arrojando los papeles sobre la mesa.*) ¡Dios os ataje en la carrera del crimen! Adios para siempre. (*Vase por la izquierda.*)

ESCENA III.

IRENE, *después de la BARONESA.*

IRENE. (*Arrojándose en una silla.*) ¡Dios mío! ¡Dios mío! La vergüenza me aboga... arde mi frente... ¡ah!... ¡Si pudiera llorar!

BAR. Estás sola, hija mía... Y bien... ¿qué te ha dicho?

IRENE. Me ha tratado como era justo. ¡Como á la mas vil de las mujeres!

BAR. ¡Oh Dios!

IRENE. Tranquilizaos..., ha obrado honradamente. Antes de marchar nos ha dejado el estipendio debido á nuestra noble conducta. Ahí lo teneis. (*Señalando los papeles.*) Debeis estar satisfecha. ¡Ya somos ricas!

BAR. (*Examinándolos.*) ¡Esto es horrible! Irene... hija mía... voy á ver á Felix... si es necesario me arrojaré á sus pies...; Acaso le enternezcan las lágrimas de una madre!

IRENE. ¡Imposible! ¡Imposible!

BAR. ¡Espera en Dios! He escrito á Julia: Ella es la única que puede salvarnos.

IRENE. ¿Qué habeis hecho, madre mía?

BAR. ¡Era mi última esperanza! Pero no hay momento que perder... voy á ver si consigo detenerlo.

IRENE. Teneis razon: no hay momento que perder. (*Váse la Baronesa por la izquierda, siguiéndola con la vista.*) Vé en paz, madre desdichada, no pierdas tiempo: tampoco lo perderé yo. (*Váse por la derecha.*)

ESCENA IV.

JULIA, *por el fondo.*

¿Qué me querrá? ¿Acaso una nueva intriga? No, no puede ser... su carta es un grito de acerba agonía. ¿Por qué desconfío? La mentira jamás tuvo estos acentos. (*Sacando la carta.*) ¡Julia, tú eres un ángel de pureza y bondad, y yo la mas abominable de las mujeres. Si se tratase de mí sola, no invocaría tu auxilio; pero se trata de la felicidad..., de la vida de mi hija!

»Ven... tú sola puedes salvarla. ¿Serás sorda al ruego de la más desgraciada de las madres?»—¡Infeliz! ¡Hé aquí las consecuencias del crimen! Oigo pasos... acaso sea ella.

ESCENA V.

DICHA.—FELIX.

- FELIX. *(Por la izquierda. ¡Julia! ¿Vos en esta casa?*
- JULIA. Vengo á despedirme de vos... á...
- FELIX. ¿Seria posible? ¡Oh, cuán buena y generosa sois! Yo... ¡cuán injusto... cuán ingrato fui!
- JULIA. Dejadme hablar, Felix...
- FELIX. Si, si... pero antes decidme... ¿Podreis olvidar mi bastardo proceder... recordareis solo este amor puro... infinito... este amor que es el alma de mi vida?
- JULIA. Apiadaos de mí... ¿no veis mis lágrimas? Felix... ¡olvidemos lo pasado!
- FELIX. Teneis razon... no podeis... no debeis amarme... mi proceder para con vos ha sido...
- JULIA. ¡Callad, callad!
- FELIX. Debeis odiarme... si... bien lo veo...
- JULIA. Dejadme acabar, Felix... Voy á sepultarme en un convento, donde pasaré los días que me conceda la Providencia, rogando por vos... por vuestra felicidad! Pero tengo que haceros antes una súplica... la primera que os he hecho;—la postrera que os haré... Decid... ¿me la concedereis?
- FELIX. ¿Cómo podeis hacermé tan cruel pregunta? ¡Mandad, ordenad, Julia! ¿Acaso no son vuestros mi corazon y mi vida? *(En este momento entra Irene pálida y demudada.)*
- JULIA. Pues bien: ¡olvidadme!
- FELIX. ¡Nunca!
- JULIA. No me interrumpais: haced por olvidarme. Uníos á vuestra mujer!
- IRENE. ¡Ah!
- FELIX. ¿Qué me pedis, Julia?
- JULIA. Que seais generoso: el amor lá ha hecho criminal. *(Irene escucha con ansiedad.)*
- FELIX. La ambicion... la codicia... las mas viles pasiones! ¡No:

- JULIA. jamás la perdonaré!
- JULIA. No digais eso, Felix. Vos, tan generoso... tan noble... ¡seréis solo despiadado para la que lleva vuestro nombre? ¡Infeliz! ¡Harto desventurada será con que no la ameis!
- IRENE. (Esta ignominia mas, suerte mia! ¡He hecho bien: debia morir!)
- JULIA. Felix... por vuestro amor... por vuestro desgraciado amor... perdonadla!
- FELIX. ¡No... no!... mil veces no! ¡La execro y la maldigo!

ESCENA VI.

DICHOS.—IRENE.

- IRENE. (*Cayendo de rodillas.*) ¡Este es el juicio de Dios!
- FELIX. ¡Señora!
- JULIA. ¡Irene!
- IRENE. ¡Vuestro perdon, Julia!
- JULIA. ¡Yo os le doy con todo, mi corazón! Levantros. (*Queriendo levantarla.*)
- IRENE. No, Julia... dejadme así... esta es la postura que conviene á los reos. Escuchadme, Marqués de Urbina. Tenéis mucha razon en aborrecerme. Yo os arrebaté al amor de Julia, para satisfacer mi ambicion, es cierto.
- FELIX. Levantaos, señora, y no prolongueis por mas tiempo tan repugnante escena.
- IRENE. Me oireis hasta el fin... al mas desalmado criminal no se le niega este derecho. La envidia que me inspiraban sus gracias y virtudes; (*Señalando á Julia.*) una ambicion terrible y desenfrenada, me hicieron cometer todos los crímenes, de que me ha hecho culpable; pero ni vos ni ella sabeis una amargura suprema de mi corazón... un castigo que excede quizás á todas mis faltas, por grandes que sean!
- FELIX. ¡Señora, por favor!...
- JULIA. ¡Dejadla hablar, Felix!
- IRENE. Os he dicho que me oireis hasta el fin: voy á concluir. En los dias que estuvisteis herido en mi casa, tuve tiempo y ocasiones de conoceros á fondo. Mi corazón, insensible hasta entonces, conoció por primera vez amor.

- FELIX. ¿Amor... vos? (*Con amarga ironía.*)
 IRENE. ¿No me creéis? Hé aquí la mayor de mis agonias; pero es justa. Os amé, si, como acaso jamás se ha amado sobre la tierra. Os amé con ese amor que es la vida ó la muerte... la gloria ó el infierno! Juzgad de mis dolores, cuando me comparaba con vos, y me hallaba tan indigna! ¡Hoy... ahora... venia á deciros todo esto... esperando que tal vez derramariais una lágrima sobre mi espantoso infortunio! Pero oí las generosas palabras de Julia... las vuestras duras... aunque justas... y perdí la esperanza. ¡Ahora, señor, solo me resta implorar vuestro perdón! Creedme. ¡Estoy bastante castigada! (*Llevándose las manos al pecho con expresión de dolor.*) ¡Ah!
- JULIA. ¡Felix! ¡Felix! (*Sosteniéndola en sus brazos.*) ¡Tened compasión de esta desdichada! ¿No veis cómo tiembla?
- IRENE. ¡Vuestro perdón, señor! ¡Me quedan muy pocos instantes de vida!
- FELIX. ¿Qué sospecha! (*Llevándola con Julia á un sofá.*)
 IRENE. Mi vida era un obstáculo para vuestra dicha.
 JULIA. ¡O Dios mío! ¡socorro! ¡socorro! (*Arrodillándose ante Irene.*)
- IRENE. ¡Ya es inútil!
- FELIX. ¡Infeliz mujer!... ¿qué has hecho! ¡Hola! ¡criados! (*Yendo á la puerta del fondo y á la de la izquierda.*) ¡Baronesa! ¡Nadie! ¡Nadie!
- JULIA. ¿Y habrá de morir así, sin socorro?
- BAR. ¡Gran Dios! (*Saliendo.*)
- IRENE. ¡Madre mía! ¡Perdonadme mi muerte, como yo os perdono mi vida!
- BAR. ¡Hija de mis entrañas!
- IRENE. ¡Valor! ¡Ya no hay remedio, la muerte está en el corazón!... ¡Felix... Julia... ya estais vengados! ¡Dios mío!... (*Incorporándose con esfuerzo.*) ¡Salvador mío... perdón!... (*Espira.*)
- BAR. ¡Ah! (*Cae desplomada sobre su hija.*)
 JULIA. ¡Irene! ¡hermana mía!
 FELIX. ¡Murió!... ¡Dios reciba su espíritu!

FIN DEL DRAMA.

